

Alfredo Mires

EL LIBRO ENTRE LOS HIJOS DE ATAHUALPA

La experiencia de la Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca



LECTURA,
BIBLIOTECA
y COMUNIDAD

Alfredo Mires

EL LIBRO ENTRE LOS HIJOS DE ATAHUALPA

La experiencia de la Red de Bibliotecas
Rurales de Cajamarca



027.48515 M63 Mires Ortiz, Alfredo, 1961-, autor
El libro entre los hijos de Atahualpa: la experiencia de la Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca / Alfredo Mires.-- Primera edición.-- Lima : Biblioteca Nacional del Perú, 2021. 157 páginas; 18 cm.-- (Lectura, biblioteca y comunidad)

Contiene siete ensayos presentados en ponencias internacionales entre 2008 y 2018, sobre las experiencias, proyectos, desafíos, perspectivas y futuro de la Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca.

D.L. 2021-02884

ISBN 9786124045561

1. Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca 2. Bibliotecas rurales - Perú - Cajamarca 3. Bibliotecas y comunidad - Perú - Cajamarca 4. Promoción de la lectura - Perú - Cajamarca 5. Libros y lectura - Perú - Cajamarca I. Biblioteca Nacional del Perú II. Título III. Serie

BNP: 2021-003

BNP-DGC

El libro entre los hijos de Atahualpa. La experiencia de la Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca

©Alfredo Mires Ortiz

©Biblioteca Nacional del Perú

Av. De la Poesía 160

www.bnp.gob.pe

Jefe Institucional de la Biblioteca Nacional del Perú

Ezio Neyra Magagna

Directora de la Dirección de Acceso y Promoción de la Información

Fabiola Vergara Rodríguez

Jefa del Equipo de Gestión Cultural, Investigaciones y Ediciones

Kristel Best Urday

Edición: Gracia Angulo

Diseño de línea gráfica: Rodolfo Loyola

Diagramación: Daniela Abad

Corrección de estilo: Sandra Arbulú

Primera edición: abril de 2021

Tiraje: 1,000 ejemplares

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N°2021-02884

ISBN: 978-612-4045-56-1

La colección *Lectura, Biblioteca y Comunidad* nace con el objetivo de promover la reflexión en torno a la lectura como práctica sociocultural, a las bibliotecas como espacios de encuentro que posibilitan el desarrollo y a las políticas públicas que inciden en el gran ecosistema formado por las bibliotecas, la lectura, la escritura, el libro y el acceso a la información. En esta colección se publicarán conferencias, ensayos, entrevistas, conversaciones, entre otros textos, de investigadores e investigadoras y profesionales de reconocida trayectoria. De esta manera, la Biblioteca Nacional del Perú espera contribuir a la reflexión y a la generación de conocimiento sobre prácticas y espacios que son de gran valor para la construcción de una ciudadanía crítica y de una sociedad democrática.

Lectura, Biblioteca y Comunidad busca propiciar el diálogo y el encuentro a través de miradas que recogen y trascienden lo local y nos llevan a reconocer experiencias e iniciativas exitosas que evidencian la manera en que las bibliotecas son instituciones transformadoras que pueden llegar a ser verdaderos motores de desarrollo de las comunidades a las que atienden.

Índice

- 09 Sobre este libro
- 15 El libro entre los hijos de Atahualpa. La experiencia de la Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca
- 43 La dignidad de los pueblos también se escribe leyendo. Apuntes sobre la promoción de lectura en áreas rurales
- 57 De bibliotecarios y «biblionectarios». Libros, lectura y procesos comunitarios
- 93 El tesoro bajo el puente. Lecturas, identidades y territorios
- 115 Echóse a andar... Bibliotecas rurales y su rol para la paz
- 131 La Tierra cuenta. Oralidad, lectura y escritura en territorio comunitario

Sobre este libro

El presente libro recoge siete textos de Alfredo Mires, escritos y presentados en ponencias internacionales entre 2008 y 2018, y vinculados a la experiencia de la Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca, a sus proyectos, sus desafíos, su perspectiva y su futuro. En todos ellos, el autor pone el énfasis en el potencial de los libros como «herramientas concretas de afirmación, acompañantes firmes del camino y los propósitos colectivos» y en la poderosa capacidad de la lectura para reforzar los «procesos de recuperación y fortalecimiento de la identidad y la dignidad», restaurar el «parentesco comunitario», y exhortar la capacidad crítica de las personas premunidas de ella.

A través de una elocuente analogía entre la lectura y la siembra, la principal actividad de las comunidades de Cajamarca, el autor define a los libros como semillas que forjan un nuevo mundo (uno mejor), y a la lectura, como aquella actividad que fortalece la identidad de los

pueblos, refuerza su carácter orgánico, y los ayuda a liberarse del yugo y la tutela.

Fundada hace casi cincuenta años, la Red de Bibliotecas rurales de Cajamarca constituye una iniciativa que no obedece a imposiciones externas de ningún tipo, sino que se construye desde y para la propia comunidad. En este sentido, la comunidad no es destinataria, sino protagonista. A través de las experiencias de promoción de lectura de la Red, el autor nos advierte que importar modelos externos a su realidad y necesidades supondría ignorar los saberes que en estas comunidades se han consolidado; por esta razón, la red ha sabido construirse desde la comunidad y responder a los «intentos de apropiación y a las búsquedas genuinas de las propias comunidades».

La lectura, lo sabe bien el autor, es un derecho. Sin embargo, en distintas comunidades y regiones del Perú, ha sido y sigue siendo un derecho postergado. El esfuerzo de la Red apunta, entonces, a reivindicar este derecho desde la particularidad de las comunidades cajamarquinas, desde su ancestral conexión con la naturaleza y desde su raigambre colectiva. Por eso nos dice que «la promoción de la lectura ha de estar más llena de tierra que de letras, más plena de gente que de párrafos, más plena de pueblo que de estantes».

En las páginas que siguen, siempre con esta visión liberadora y libertaria de la lectura, el autor discurrirá también sobre la labor bibliotecaria, su compromiso ético y moral, y sobre el rol que deberían cumplir quienes realizan la tarea de promover la lectura, uno que implica un cuestionamiento constante respecto de qué se hace, con quién se hace, por qué se hace y para qué se hace. El bibliotecario o «biblionectario» —neologismo con el que el autor prefiere denominar este quehacer— y que define como «aquel que hace de los libros y la lectura una fuente tan energética y grata que aroma y atrae a quienes quieren nutrirse para seguir volando» y, por tanto, debe evitar caer en la mecánica de un servicio estandarizado, debe mirar a la comunidad en la que se inserta y proporcionarle las herramientas que se compenetren con su espacio, que activen y potencien las filiaciones comunitarias.

Esa es la tarea a la que se aboca la Red de Bibliotecas Rurales, una en la que leer no signifique renunciar a lo propio, sino resembrarlo, reescribirlo, repensarlo. Este es el núcleo fundamental de las reflexiones recogidas en este libro, las cuales pueden orientar e inspirar otras prácticas y modelos de promoción de la lectura en los entornos rurales y comunitarios de nuestra geografía.

*El libro más antiguo de todos es la tierra, donde están escritos
los movimientos del tiempo y del viento, el canto de los árboles,
los decires de las estrellas y del agua. Donde están escritos
los caminos de la lluvia y de las semillas,
las voces de los pájaros y de los pueblos,
las montañas indomables y las tierras cultivadas.
Leer la tierra, caminarla, recorrerla y conocerla,
es la mejor manera de amarla y de aprender a respetarla.*

Alfredo Mires Ortiz

El libro entre los hijos de Atahualpa ~La experiencia de la Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca¹~

Recuerdo a don Dionisio Lobato, campesino de la comunidad de Pallán, en Cajamarca, a quien su abuelo le había contado que, hacía mucho, mientras trabajaba en el campo en medio de la lluvia, un rayo cayó cerca de él y le hizo perder el conocimiento.

Luego, el abuelo soñó que Dios le estaba curando la cabeza y que le daba de tomar un poco de agua con pan. En aquella habitación donde Dios lo estaba curando, estaban todos los enfermos de la tierra, pero no solo había humanos, también estaban todas las plantas, estaban todos los animales y estaban todas las piedras.

Allí comprendió que todo tenía vida: el abuelo de don Dionisio vio llegar un grano de trigo ensangrenta-

1 Conferencia presentada el 17 de abril de 2008 en el Teatro Parque Biblioteca Belén de Medellín, Colombia.

do, vio unas papas con los ojos lastimados, un maíz que se quejaba de haberse quedado cojo, una hoja de hierba llegó quemada, una golondrina llegó llorando y un árbol también llegó arrastrando su pena.

Eso era lo que el abuelo de don Dionisio recién podía ver en el cielo, pero era lo que pasaba aquí en la tierra.

Entonces Dios le dijo:

—Ahora te curo y te vas por un tiempo.

El abuelo despertó recordando todo lo que había visto en sus sueños. Y entonces aconsejaba a todos que debíamos tratar a la tierra y a todo lo que vive en ella con la mayor delicadeza, y que no debíamos botar los granos o los frutos al camino, porque los atropellan y los revientan y después se van llorando a Dios.

Un sueño así no solo es un sueño. Tampoco es el subproducto de una sociedad animista y no puede entonces relegarse divertidamente al desván de lo folclórico o lo costumbrista. Esta es una prodigiosa locura que no merece ser instruida ni encerrada, y es precisamente su anclaje espiritual con la tierra el que ha hecho posible su permanencia.

Alguien decía que los mundos de pueblos diferentes tienen formas diferentes. Solamente así puede comprenderse por qué en las comunidades donde vivimos todo goza de los palpitos del ánimo, todo vive y no hay

nada que no tenga personalidad y compostura, no hay nada que no comparta la misma sustancia que a todos hermana; no hay nada que no participe de la fértil vida comunitaria.

Así puede comprenderse también por qué en las comunidades donde se instalan las Bibliotecas Rurales de Cajamarca, a los libros se les llama «compadres» y por qué se les considera herramientas que participan de los trabajos en los campos.

Esto significa, sobre todo, haber logrado engarzar el libro —durante tanto tiempo un depositario ajeno de conocimientos también ajenos—, con las potencialidades y demandas de los que no suelen tener la sartén por el mango (y muchas veces ni la sartén).

Pero a esto no se llegó con una receta de desarrollo ni con un proyecto preconcebido desde afuera o elucubrado desde premisas académicas en boga: este ha sido y sigue siendo un largo proceso comunitario de construcción y de deconstrucción basado en las propias experiencias y en los propios saberes de la propia gente en las mismas comunidades.

¿Quién puede saber más del hambre sino aquel que la padece? ¿Quién puede testimoniar mejor los sueños sino el que sueña? ¿Quién puede saber más de la tierra sino aquel que no ha perdido la filiación con ella?

¿Quién puede saber mejor de aspiraciones sino aquellos que no han cesado de crecer, resistir y permanecer?

Este proceso solo pudo sostenerse por su basamento colectivo en las propias maneras de ser y estar de los descamisados y de los sencillos, por haberse sustentado en la tradición de los pueblos y por haber sido encaminado por los propios comuneros. Y no como una reivindicación concedida, sino como un derecho edificado.

La Red de Bibliotecas Rurales y el Proyecto Enciclopedia Campesina de Cajamarca

La Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca inició su marcha en 1971, adaptando su quehacer y metodología, poco a poco, a las demandas y reflexiones de la población indígena-campesina del área. Aunque muchos componentes originarios se mantienen hasta hoy, muchas han sido también las variaciones y ajustes a las que ha obedecido, sin perder su esencia.

La experiencia está basada en el voluntariado y se halla constituida como una asociación civil sin fines de lucro, completamente autónoma. Nosotros no contamos con el apoyo de ninguna entidad del Estado ni estamos adscritos a ninguna institución que pudiera condicionar nuestro quehacer.

Los bibliotecarios y bibliotecarias son comuneros y comuneras elegidos en Asamblea Comunitaria: la biblioteca rural funciona en sus propias casas y el servicio es gratuito y a domicilio. Esto significa que no contamos con locales ni con estantería.

Cada biblioteca inicia su trabajo con un pequeño lote de libros que son canjeados con los de las comunidades vecinas; el sistema funciona sobre la base del canje o trueque, del mismo modo como se intercambian las semillas y los productos de los campos de la altura con aquellos de los temples y viceversa.

La gran mayoría de los miembros coordinadores de la Red son comuneros que, como la mayoría de la población campesina del área, no han terminado sus estudios primarios. Son las mismas bibliotecas, entonces, las que han pasado a convertirse en nuestras propias universidades, además del enorme bagaje de conocimientos que ya se posee por el desafío que significa sobrevivir, pertenecer a esta cultura y hacer producir la tierra.

Son alrededor de quinientas comunidades las que forman parte de esta Red, repartidas en las trece provincias del departamento, y casi todas están ubicadas en los caseríos, las unidades poblacionales básicas del campo, la mayoría de los cuales carecen de electricidad, agua potable o desagüe. A estas comunidades llegamos caminando, no solo porque en muy pocas de ellas hay ca-

rreteras de acceso, sino porque tampoco contamos con vehículos: la Red se ampara en la capacidad orgánica de la población.

El servicio de lectura no cuenta con especialistas para su promoción, aunque la capacitación en los diversos temas que corresponden a nuestro quehacer es intensiva. En un área aún azotada por el analfabetismo como tal y por desuso, el comunero que sabe enseña al comunero que no sabe. Eso evita, en gran medida, que los adultos se cohíban en sus esfuerzos de aprendizaje, como ocurre cuando los agentes de alfabetización no pertenecen a la comunidad.

En tanto la lectura está supeditada al ritmo de vida agrícola, aunque un miembro de la casa pueda haber sido elegido bibliotecario, toda la familia asume la responsabilidad de esta tarea. Así ocurre que la mamá o los niños, mientras el padre debe cumplir con las tareas de labranza, suelen ser los más enterados de los contenidos de los libros y del quehacer de la lectura en la comunidad.

La lectura, en consecuencia, también es colectiva: los círculos que se organizan implican que un miembro del grupo lea en voz alta rodeado de muchos «lectores oyentes», como se les llama en el campo. Pero también ocurre que la participación se diversifica, porque aquellos que no saben leer suelen ubicarse lo más cerca posible

de aquel que lee para seguir con los ojos el dedo que guía la lectura, generándose de este modo una suerte de alfabetización «natural», sin haber sido planificada institucionalmente.

Por este carácter colectivo, un registro anual de setenta mil lectores debe ser multiplicado por un promedio de cuatro para alcanzar una cifra aproximada de la participación. Pero no podemos caer ni por un instante en posiciones triunfalistas: no es el número de lectores el que puede traducir el valor de lo que hacemos. En un contexto como el de Cajamarca, la pregunta fundamental es cómo repercute el ejercicio de la lectura en la consolidación de las comunidades y en sus posibilidades reales de supervivencia.

Los libros, así, pueden ser herramientas concretas de afirmación y de discernimiento, acompañantes firmes del camino y de los propósitos colectivos. La lectura, entonces, equivale al proceso de recuperación y fortalecimiento de la identidad y la dignidad, restauradora del parentesco comunitario, propiciadora del respeto generacional, exhortadora de la criticidad y amacolladora de la actividad agrícola.

La Red no forma bibliotecas en el campo: son las comunidades las que se anotan y solicitan la formación de la biblioteca. El libro no se impone: el libro se acoge, se amansa, se cría. La lectura no se exige: se prueba,

se incorpora, se adapta, se celebra. Y una vez funcionando, los libros se adquieren de acuerdo a los pedidos de los propios lectores. Y debo decir que es cada vez más difícil cubrir todas las expectativas, no solo por los altísimos costos del material para abastecer a toda la extensión de la Red, sino también por la carencia de libros producidos sobre los temas que se solicitan (sobre todo si consideramos el carácter cosmopolita de la población indígena).

Pese a todos los asedios, las dificultades y las fallas propias de un proceso como este, el pasado 31 de marzo hemos cumplido otro año de labor ininterrumpida. Y, sin embargo, la realidad nos anima haciéndonos sentir como que recién estamos empezando.

Aunque el movimiento se halla concentrado en el campo, en la ciudad de Cajamarca contamos con una oficina en la que participan solo cuatro personas, dedicadas a las cuestiones más administrativas y técnicas. Incluso el local en el que funciona el andamiaje de la Oficina Central ha sido todo construido a pulso y en *minga*, como llamamos en lengua quechua al trabajo comunitario, con la participación de comuneros y comuneras procedentes por turnos de todas las bibliotecas rurales.

Evitamos escrupulosamente cualquier traba administrativa, renunciando a la vez a todo tipo de centra-

lismo en la toma de decisiones y en la elaboración de los programas puntuales de trabajo. Esto implica también que las decisiones globales no se tomen nunca por mayoría sino por consenso; así, no hay jefes en nuestra organización.

Atahualpa y el libro

Pero, ¿qué significa contar ahora con el libro como un franco acompañante de nuestros andares? ¿Qué significado pueden tener el libro y la lectura para una población cuyo desafío primordial consiste en atravesar el escabroso sendero de la pobreza material, tramontar las hambres cotidianas y capear los racismos más sutiles o brutales que la asedian?

Fue en Cajamarca donde se encontraron el conquistador Francisco Pizarro y el Inca Atahualpa, por la tarde de un 16 de noviembre de 1532. Fue allí cuando ocurrió el incidente aquel tan contado del Inca arrojando la Biblia y dando lugar a que se desatara la barbarie que significó, solo esa tarde, la muerte de diez mil indios, entre hombres, mujeres y niños.

El libro ingresó a nuestra historia como un estigma, como el augurio de lo fatal, como el advenimiento del

infortunio, como una condena imposible de ser conju-
rada por los herederos de aquellos pueblos.

Lo que no se suele contar ni enseñar en la escuela,
entre otras cosas, es que antes de dar realmente comien-
zo a las hostilidades, los conquistadores ordenaban a un
escribano que leyera a los indios, con todas las solemnidades
requeridas, una especie de bando llamado el «re-
querimiento».

De esta especie de bando, fray Bartolomé de las Ca-
sas decía: «cosa es de reír o de llorar», por la enormidad
del absurdo; pero el «requerimiento», sin duda, formó
parte del «encuentro» con Atahualpa. De modo que el
papel cumplido por la palabra escrita habrá de ser com-
prendido no solo en el contexto sino por el contenido
que proclamaba. La historia oficial no puede refugiarse
en la supuesta afrenta que significó para los cristianos
«ver por tierra la Biblia, arrojada por un hereje ende-
moniado».

En el «requerimiento» que el conquistador leía, cer-
tificaba que, si los indios se oponían o tardaban en so-
meterse,

con el ayuda de Dios, nosotros entraremos pode-
rosamente contra vosotros, y les haremos la guerra
por todas las partes y maneras que pudiéremos,
y les sujetaremos al yugo y obediencia de la Igle-
sia y Sus Altezas, y tomaremos vuestras personas

y vuestras mujeres e hijos, y los haremos esclavos, y como tales los venderemos y dispondremos de ellos como Sus Altezas mandaren; y tomaremos vuestros bienes, y les haremos todos los males y daños que pudiéremos (...) y de las muertes y daños que os hagamos, seréis vosotros los culpables y no nosotros.

Hay otros documentos invisibilizados por la historia oficial. Uno, por ejemplo, es la carta que el conquistador Francisco de Chaves escribió al rey, en 1533, para denunciar que Francisco Pizarro había ganado la batalla de Cajamarca envenenando, con vino moscatel mezclado con trisulfuro de arsénico, al estado mayor del Inca. La conmoción que ocasionó en los comuneros ver las convulsiones del envenenamiento, luego de un artero brindis, fue de por sí devastadora.

Tal vez por eso Bartolomé de las Casas escribió en 1552, implorando a la Corona, que no permitiera lo que venía ocurriendo:

Porque estas «conquistas» hechas contra aquellas indianas gentes, pacíficas, humildes y mansas que a nadie ofenden, son inicuas, tiránicas y por toda ley natural, divina y humana, condenadas... (pues) las destruyen con extrañas, nuevas y varias formas de crueldad, nunca vistas ni leídas ni oídas.

Y señala también que cuando «vino el rey universal y emperador de aquellos reinos, que se llamó Atahualpa, con mucha gente desnuda y con sus armas de burla, Él no sabía cómo cortaban los espadas y herían las lanzas, ni cómo corrían los caballos».

Nosotros no creemos que haya habido repulsión por parte de los andinos respecto a la presencia del libro o la palabra escrita. En los sucesos del 16 de noviembre intervinieron otro tipo de motivos que desencadenaron los hechos tal como los conocemos. Es más probable, incluso, que Atahualpa haya arrojado el libro contra Valverde y no a la tierra. Igual, es de suponer, le hubiera arrojado un pergamino, una tablilla o lo que fuere, dadas las circunstancias. Pero, al fin y al cabo, con libro o sin libro arrojado al suelo, igual se habría desatado la masacre.

Es más, Atahualpa y los comuneros de entonces no eran los únicos para quienes el libro resultaba un elemento ajeno: empezando por Francisco Pizarro, el jefe de los asaltantes, casi todos los españoles que lo acompañaban tampoco sabían leer ni escribir. El cronista Garcilaso de la Vega, al respecto, relata un incidente muy decidor:

Atahualpa, como se ha dicho, fue de buen ingenio y muy agudo. Entre otras agudezas que tuvo, que

le apresuró la muerte, fue que, viendo leer y escribir a los españoles, pensó que era cosa que nacían con ella; y para certificarse de esto, pidió a un español de los que lo guardaban, que en la uña del dedo pulgar le escribiese el nombre de su Dios. El soldado lo hizo así. Luego que entró, le preguntó: «¿Qué dice aquí?». El español se lo dijo, y lo mismo dijeron otros tres o cuatro. Poco después entró Don Francisco Pizarro y, habiendo hablado ambos un rato, le preguntó Atahualpa, qué decían aquellas letras. Don Francisco no acertó a decirlo, porque no sabía leer. Entonces entendió el Inca que no era cosa natural, sino aprendida.

Ocurre entonces que el libro se instaura en el mundo andino con visos de incoherencia, con tendencias de manipulación, con alardes de poder irrefutable e investido de prepotencia. Las formas de comunicación oral y natural en los Andes se hallaron a quemarropa con el libro como un fetiche del conocimiento ajeno y como un heraldo del dominio devastador de los invasores.

En lo sucesivo, la palabra escrita se utilizó fundamentalmente para mentir la historia de los indios y para despojarlos de sus derechos tradicionales. No era la ley lo que se escribía: lo que se escribía era ley.

Atahualpa, como víctima respecto a un objeto y a un lenguaje que no supo comprender, se ve reproducido en

los indios que quedaron huérfanos de todo, a partir de la existencia de documentos administrativos y judiciales que les iban negando, paulatinamente, su capacidad de existir y de seguir gestando su propio rumbo.

Lo que falló en Cajamarca, en aquel noviembre de 1532, no fue la palabra escrita ni la palabra hablada: falló una forma de concebir la comunicación respecto a los otros, la concepción que rige el uso de las palabras y sus intenciones en función de los otros humanos y de los otros mundos.

Pero estos sucesos no eran nuevos; de muchos modos se hallaban marcados por históricas diferencias sustanciales del desarrollo de las civilizaciones.

El 17 de abril de 1492 fueron firmadas las Capitulaciones de Santa Fe, documento suscrito por los reyes de España y Cristóbal Colón, en el que a este se le nombraba «almirante y virrey y gobernador general en todos los territorios que descubriera o ganase durante su vida, nombrando como herederos a sus sucesores de forma vitalicia» (también se le concedía un diezmo de todas las mercaderías que hallase, ganase y hubiese en los lugares conquistados).

Estas Capitulaciones están firmadas por Luis de Santángel, escribano de ración de los reyes (algo así como un antecesor de ministro de economía), y otros comerciantes que financiarían el primer viaje de Colón y que

convencieron a la reina Isabel de las ventajas de la llamada «empresa de Indias».

Así se explica por qué el primer reporte que Colón escribe sobre el llamado «descubrimiento de América», el 15 de febrero de 1493, se lo envía a Luis de Santángel. En esta carta, Colón dice algo sumamente revelador para la historia de nuestros pueblos:

Ellos —dice refiriéndose a los indios— de cosa que tengan, pidiéndosela, jamás dicen que no; antes convidan la persona con ello y muestran tanto amor que darían los corazones o cualquier cosa de valor; luego por cualquiera cosica de cualquiera manera que sea que se les dé, por ello son contentos. (...) Hasta los pedazos de los arcos rotos de las pipas tomaban. Y dan lo que tienen como si fueran bestias...

Contexto y cultura

Pero los comuneros y los pueblos sobrevivieron. Con casi un millón y medio de habitantes, Cajamarca es hoy el cuarto departamento más poblado del país y tiene más de un 75% de población autóctona.

Cajamarca constituye una zona fundamentalmente andina y es una región agraria sumamente importante.

Produce cerca del 80% de la lenteja que se consume en todo el Perú y es el primer productor de arveja seca, café y soya. En maíz amiláceo y leche, aunque también en oro, en todo el Perú ningún otro lugar supera su producción. Sin embargo, la pobreza total en Cajamarca tiene oficialmente una tasa del 75% y casi un 40% de la llamada pobreza extrema o «miseria paupérrima».

Oficialmente también, casi la mitad de los niños menores de 5 años padecen de desnutrición crónica. Cajamarca ocupa, hasta la fecha, el segundo lugar en pobreza material entre todas las regiones del Perú.

Los datos, igualmente oficiales, señalan que más de una cuarta parte de la población es analfabeta, lo cual puede dar también una idea de la difícil situación en el ámbito educativo.

Aunque Cajamarca concentra el 15% de la población rural del país y aunque más del 80% de su territorio está constituido por áreas aptas para la agricultura, muchísimos de sus distritos se hallan en un 100% de su territorio bajo denuncia minera. Y esta espada de Damocles de la devastación continúa creciendo, con todas las implicancias de contaminación ambiental y social imaginables.

El paradójico axioma de «A mayor riqueza para unos pocos, mayor pobreza para otros muchos», solo puede darse si se comprende la relegación de las poblaciones

campesinas, su escandalosa desprotección y un ultraje que no ha cesado en las últimas cinco centurias.

Y este vilipendio tendiente al desarraigo se da de las maneras más soterradas o burdas, desde los más diversos canales o formas, desde las más autocomplacientes razones hasta las más discriminatorias justificaciones.

En este preciso momento, para citar un caso, uno revisa el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española y allí nos informan sobre las derivaciones de la palabra *indio* o *india*, a saber: *indio de carga* es «el que en las Indias Occidentales conducía de una parte a otra las cargas, supliendo la carencia de otros medios de transporte». También nos dice que *Caer de indio* significa «Caer en un engaño por ingenuo», así como *Hacer el indio* es una «expresión coloquial de divertirse o divertir a los demás con travesuras o bromas. Hacer algo desacertado y perjudicial para quien lo hace». O la expresión *¿Somos indios?* es también coloquial «para reconvenir a alguien cuando quiere engañar o cree que no le entienden lo que dice».

El mismo diccionario también nos aclara que la palabra *Campesino*, en su cuarta acepción, significa: «Silvestre, espontáneo, inculto»; que el diminutivo *Salvajino*, de la palabra *Salvaje*, es «Dicho de un animal: que no es doméstico. Dicho de una persona: natural de un país sin cultura».

Y también nos ponen en vereda y advierten quién es *Palurdo*: «Dícese por lo común de la gente del campo y de las aldeas: tosca, grosera». *El Pequeño Larousse Ilustrado* ratifica que palurdo es «el hombre del campo tosco e ignorante... La persona falta de cultura y trato social».

Civil, precisa el diccionario, significa «ciudadano, perteneciente a la ciudad. Sociable, urbano, atento», antónimos de *grosero*, *ruin*, *mezquino*, *vil*. Y *Civilizar* es «elevar el nivel cultural de sociedades poco adelantadas. Mejorar la formación y comportamiento de personas o grupos sociales. Sacar del estado salvaje a pueblos o personas. Educar, ilustrar».

La historia no puede seguir construyéndose sobre los cimientos de la ignominia. Los monumentos del bienestar social no pueden seguir levantándose sobre los sótanos de los padeceres ni sobre los abismos del desprecio.

En el Perú, casi un tercio de la población habla quechua y se hablan más de 44 idiomas originarios; la sabiduría andina sigue asombrando al mundo con su bagaje medicinal y no son estas comunidades las que han ocasionado el colapso ambiental en el que nos hallamos. Pero somos vistos como «otro mundo».

De la pequeña y arisca papa silvestre, que es amarga y tiene veneno, nuestros abuelos hicieron nacer, sin laboratorios ni computadoras, las más de 3 600 variedades

des de papa nativa cultivadas que aún ahora tenemos y compartimos.

El maíz también fue criado, porque solo y sin las manos de los comuneros no puede hacerse de más familia. Nuestros abuelos lograron criar más de cincuenta tipos de maíz, otro tanto de frejol y decenas de flores, frutas, cactus, tubérculos, ajíes, cucurbitáceas, zapotes y camélidos, cuyes, patos, chinchillas y cochinillas que han hecho más de lo que se pinta para aliviar el hambre, el frío o la falta de colores y sabores en el mundo.

Durante miles de años de filiación carnalizada se pudo aprender que no hay libro abierto más rico que la tierra, donde está escrito el movimiento del tiempo y del viento, el camino de la lluvia y de las sementeras. Y que no hay mejor manera de leerla que respetándola, caminándola, conociéndola, sin perder jamás el parentesco esencial que nos une a ella.

Concepción y perspectivas

Pese a todo lo ocurrido durante la conquista, fueron las propias comunidades originarias —amparadas en su imperecedera capacidad de crianza—, las que incorporaron después al trigo y a la guitarra, a las ovejas y al arado, a los caballos y a la cebada, probando y

amansando, cerniendo en el cedazo de su experiencia milenaria, corrigiendo, recreando, potenciando y sintetizando.

Es el caso del libro y la lectura. Se trata de crianzas y amanses, de pruebas e incorporaciones apropiadas, de cultivos entrañables que distan de quienes puedan usar el libro como almacén y no como una herramienta prodigiosa en el que la lectura puede vivificar lo escrito, en el que la lectura puede cuestionar al yugo que tuerce el destino de las nucas y, los libros, ser las semillas —de los mundos que prometen— a través de quienes los leen.

En un caso como este, uno puede recordar el cuento aquel de una señora que había comprado un aparato de cocina y comenzó a armarlo ayudada con el manual de instrucciones; al cabo de tres horas de trabajo se dio por vencida, dejó todas las piezas esparcidas en la mesa y salió a la calle, plena de impaciencia, a tomar aire. Cuando regresó al poco rato, encontró que su empleada, una mujer del campo, había armado completamente la máquina. Sorprendida preguntó cómo es que había logrado semejante hazaña: «Verá, señora —le dijo la campesina—, cuando uno no sabe leer se ve obligada a usar el cerebro».

La crónica de 1532 no puede seguir repitiéndose eternamente: nosotros creemos que sí es posible revertir la historia; nosotros creemos que sí es posible conjurar

una aparente fatalidad atávica; nosotros creemos que la obstinación de la memoria colectiva merece ser honrada, merece ser enarbolada.

Por eso creemos también que ningún proceso que se inicie en las comunidades debe reproducir como indiscutiblemente viable cualquier método preconcebido, por muy innovador que parezca. Sobre todo si se trata de una actividad —como la biblioteca— que implica la transmisión y la consolidación de saberes y que puede ser, en verdad, la fuente de los deslumbres, la levadura de la imaginación y la artesana de la soberanía y la dignidad de los pueblos.

En este caminar hemos aprendido que no bastan para esto las buenas intenciones del consuelo paternalista ni la caritativa concesión de aparentes soluciones desde la comodidad externa; no bastan las edulcorantes medidas burocráticas ni los obsequiosos maquillajes de los modelos importados. No podemos preciarnos de ser diestros ebanistas generacionales si vivimos tallando las camas donde reposamos nuestro letargo.

Es la propia concepción de la comunidad, y su forma de caminar, la que ha de primar en esta tarea. Y es que del mismo modo en que cada persona es única y distinta, pero a la vez es fruto del colectivo, cada pueblo es único y diferente. Si esta diferencia marca las necesidades de información y de lectura, no resulta adecuado

transferir modelos urbanos en áreas rurales. La demanda no es del envase, sino del contenido. Pero, sobre todo, la demanda es que la población no sea la destinataria de aquel contenido, sino la protagonista del continente y del contenido.

En esta línea, comprendiendo que no se trataba de hacer libros «adaptados a los campesinos» o de incurrir en aquel frecuente error de publicar libros «para los campesinos» (desde aquel supuesto trillado de «ediciones simples para gente simple»), a principios de los años ochenta iniciamos lo que pasó a llamarse el Proyecto Enciclopedia Campesina de Cajamarca, para recuperar y publicar, con los nombres de los propios comuneros y sus comunidades, los antiguos y presentes cuentos y testimonios de la tradición oral.

En aquellos años, cuando discutimos en asamblea la posibilidad de adaptar libros al «lenguaje campesino», los comuneros participantes dijeron, «¿Para qué necesitamos libros sobre botánica “adecuados” si nosotros también conocemos sobre plantas? ¿Para qué de zoología si nosotros sabemos de los animales? ¡Ya es hora de que empecemos a escribir las cosas también como nosotros las entendemos!». Así nació la Serie «Nosotros los cajamarquinos», como parte de una colección que denominamos *Biblioteca Campesina*.

Luego, los libros regresaban al campo para completar el circuito. No era solo como mirarse en un espejo, viendo lo que se había contado: era ver sus nombres y su mundo escritos en un elemento que siempre había sido intencionalmente negado. El ánimo de revivir y vigorizar tenía una razón más para verse remozado. La lectura se convertía en un proceso comunitario de afirmación de la propia cultura.

No estábamos congelando el saber comunitario, no estábamos «museizando» la cultura viva, no estábamos pretendiendo partiturrizar la libertad de la palabra: estábamos potenciando la capacidad de decir desde la propia hondura, desde esa inmunidad colectiva que supo tramontar los silencios y los olvidos.

El libro entonces dejó de ser solo un elemento referencial para ser una herramienta de lucidez fructuosa. No se trataba de «poner en manos de los campesinos» un medio de integración educativa: se trataba de invertir la tendencia vertical de proporcionar arbitrariamente un supuesto beneficio. En este caso, el orden de los factores sí altera el producto. «Ahora no solo los leemos —decimos en las comunidades—, sino que los hacemos».

El libro entonces sí puede tornarse en un cedazo en el que se ciernen las dificultades y donde se vislumbran las recuperaciones y alternativas. Entendemos que si el proceso de lectura no equivale a redimir y a fortalecer

los niveles de organicidad y movilización de las poblaciones —por lo menos en este caso—, los libros terminarían siendo mero abono químico, que incrementa, pero no fecunda.

Hace ya varios años, cuando el Proyecto Enciclopedia Campesina ingresó en una etapa de autoevaluación para revisar el camino transitado y el que nos tocaba seguir recorriendo, los comuneros participantes de este proceso arribamos a una conclusión irrefutable: «Hemos perdido el *achichín*» —dijimos.

El *achichín* es la expresión quechua del temor, de la vergüenza: «Si somos como la tierra, somos un pueblo digno», dijimos; «siempre hemos sabido, siempre hemos podido: no tenemos de qué avergonzarnos, no tenemos por qué hundirnos».

Además de enriquecernos de manera apropiada con los conocimientos contemporáneos, esta posición reditiva no constituye una visión nostálgica del pasado: quizá solo es que se cumple aquello de que lo que el árbol tiene de florido viene de lo que tiene sepultado.

La recuperación de las tradiciones orales nos llevó a la constitución del Archivo de la Tradición Oral Cajamarquina y a la publicación de más de 120 títulos hasta la fecha. Esto significa también que la Red no se ha circunscrito al servicio de información en cuanto tal, sino que ha ido generando organicidad alrededor de

los nuevos brotes que de estas semillas germinaban: su Programa de Salud, por ejemplo, promueve el acompañamiento a los niños llamados «discapacitados» (palabra con la que estamos en completo desacuerdo), en su propio contexto y familia, como pilares básicos de la vida comunitaria. Y la urgencia de proteger las montañas sagradas, reconocer las raíces de nuestra cultura y rescatar la imagen tanto como la palabra, nos llevó a la formación del Grupo de Estudios de la Prehistoria Andina —concentrado ahora en la investigación y en la recuperación del arte rupestre en los cerros tutelares de nuestras comunidades—.

Para seguir andando

Es probable que la voz de las comunidades en el campo haya logrado sobrevivir no por lo que hemos hecho sino, seguramente, a pesar de lo que hemos hecho. O por lo que no hemos hecho. Pero eso no elude la responsabilidad pública de quienes tienen la facultad de acompañar estos empeños.

No es justo ni viable que desde afuera sigan viéndose las capacidades de las poblaciones primordiales como relictos del atraso, como supersticiones agónicas o excentricidades destinadas a la sección de lo no reciclable.

En nuestro caso, cuando hablamos de zonas rurales no estamos hablando de un ámbito geográfico o de un espacio territorial: estamos hablando de contextos concretos, de gente en concreto, de bagajes culturales específicos, y así como son diferentes los hábitos de alimentación entre el campo y la ciudad, también son diferentes las aspiraciones de lectura y los afanes de información.

Para una población adherida durante milenios al ritmo prodigioso de la naturaleza, las soluciones no deben concebirse desde la velocidad de la memoria RAM ni desde el criterio del supermercado, donde el envase vale tanto o más que el producto. Para quienes la esperanza tiene la misma certeza que las lluvias, poco pueden ofrecerle los modelos macroeconómicos elucubrados desde el movimiento bursátil.

Desde el compromiso inaplazable de concebir el desarrollo regional tomando en cuenta las particularidades de los desarrollos locales, viene al caso preguntarnos qué significa una biblioteca o qué imagen tiene de ella la gente; qué mensaje comunica y cómo repercute en la vida diaria de los postergados; de dónde proceden los libros y las informaciones que manejan; y qué biblioteca contiene y puede prestar los servicios que realmente reciba la población para ir satisfaciendo sus necesidades, entreteniéndose y vitalizándose.

Hemos dicho más de una vez que no debe entenderse el servicio de información en las áreas rurales como un raro privilegio esporádico, sino como un genuino atributo y como una sincera responsabilidad de las propias poblaciones. Es decir, la lectura no solo como un servicio, sino como la reivindicación de la propia sabiduría y el ejercicio del derecho de cada pueblo a la cultura de todos los pueblos. La lectura como un acto de libertad, fertilizadora de la paz y del respeto, y como un derecho al placer del conocimiento y del crecimiento.

En fin, no creo que esté muy bien rezar como un grafiti que leí alguna vez y que decía: «Señor, si no puedes hacerme adelgazar, haz que engorden todas mis amigas». Prefiero aquel que dice: «Si quieres que tus sueños se cumplan, despierta».

Si las paredes pueden hablar, ¿qué no podrán decir los obreros que las levantaron? ¿Qué no podrán enseñarnos los albañiles que las diseñaron? ¿Qué no podrán contarnos los humildes que acarrearón la tierra y los campesinos que producían los alimentos para darles la fuerza de seguir las levantando?

Creemos, siempre, que este esfuerzo nuestro solo es uno más entre los muchos esfuerzos que se despliegan para que este sueño de la justicia y los saberes compartidos ocurra, precisamente, mientras estamos despiertos.

La dignidad de los pueblos también se escribe leyendo

~Apuntes sobre la promoción de lectura en áreas rurales²~

¿Nos hemos preguntado de qué nos sirve saber leer y escribir, de qué nos ha valido? Si bien podemos manejarnos en el mundo de las cuentas y el comercio, en el mundo de las máquinas y las informaciones, en el de la persuasión y la legalidad, ¿de qué manera nos ha hecho realmente crecer el «ser leídos»? ¿Tenemos más coraje? ¿Somos más críticos? ¿Hemos crecido en dignidad, en convicciones? ¿Es más corto el camino de la esperanza, el de la solidaridad, el del contento?

Que tal vez no se trata de promover la lectura como tal, sino de impulsar su razón de ser en el contexto, su

2 Texto preparado para el II Encuentro de Promotores de Lectura en Colombia, 2009.

sentido en la búsqueda, su motivo esencial desde el alma propia y desde la de aquellos que, aún sin libros viven, todavía sueñan y aún pelean.

Tal vez es cierto, también, aquello de que el hombre solo puede ver su reflejo en el agua cuando se inclina sobre ella.

La fragilidad de lo rústico

El diccionario dice que la palabra rural viene del latín *rustalis*, que significa «campo». Precisa que también significa «basto, ordinario y sin arte. Descortés, que no observa decoro ni urbanidad». En otras palabras, la gente del campo somos una manga de morondangas, por decir lo menos.

No importa si con nuestro trabajo cotidiano abastecemos las mesas de las naciones; no importa si somos herederos de las culturas criadoras más extraordinarias del planeta; ni siquiera cuenta si somos el «folclor» del país ni los que hacemos sonreír hasta a las guanábanas pese a las penurias. Nada de eso cuenta.

En el campo no se ostentan los más altos índices de delincuencia ni de suicidios. No fabricamos tanques ni depresiones, no hemos roto la capa de ozono ni hace-

mos harina de ovejas para dar de comer a las vacas. Pero somos el atraso.

En algún momento habrá que preguntarnos —quienes promovemos la lectura— en qué eslabón de este estigma flagelante nos encontramos y si somos o no tributarios de este sistema ultrajante, de esta historia blasfema.

Porque estos nucleares significados de la lengua oficial solo son el divieso de una fiebre añeja, una suerte de reflejo condicionado, un desprecio que larva en los bajos fondos de la sociedad que nos otorga los certificados de ciudadanos.

Si no, recordemos la gramática de Antonio Nebrija, quien a fines del siglo XV convirtió al castellano en la primera lengua vulgar debidamente codificada (hecho que coincidió con la unificación política de España):

cuando Vuestra Real Majestad me preguntó que para qué podía aprovechar mi trabajo, el muy reverendo Obispo de Ávila me arrebató la respuesta y, respondiendo por mí, dijo: que después que Vuestra Alteza metiese debajo de su yugo a muchos pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas, con su derrota aquellos tendrían la necesidad de recibir las leyes que el vencedor pone al vencido, y con ellas nuestra lengua; entonces por este mi arte podría servir el conocimiento de ella.

Con razón, en su prólogo, el señor Nebrija se cuidó de afirmar con solvencia: «Siempre la lengua fue compañera del imperio», aunque años antes esta expresión ya había sido sustentada por el italiano Lorenzo Valla, al referirse a la extensión del Imperio romano.

Así, cuando asumimos el propósito de promover la lectura en el campo, ¿qué estamos promocionando? O, mejor aún, ¿de qué nos apropiamos al aprender a leer? ¿Del boleto de entrada al mundo que nos oprime o de sus claves para cambiarlo y tratar de hacerlo más justo? ¿Nos apropiamos de los libros o de sus causas, de sus potencialidades o de sus intenciones? ¿Cuánto aprendemos a discernir, cuánto a enhebrar en el tejido de nuestra auténtica historia, de nuestras más caras necesidades, de nuestras más colectivas urgencias?

El solo hecho de convertirnos en alfabetos tiene, desde ya, una incontrovertible connotación política. Porque el analfabetismo no es la causa de nuestras miserias ni de nuestro supuesto subdesarrollo. Del mismo modo como el hambre es la consecuencia de la inequidad y de enseñoreadas estructuras injustas, el analfabetismo es la epidermis social del festinante monstruo económico.

Y no porque un pueblo aprenda a leer saldrá —como por arte de magia— de la ignominia. A la inversa, el «conquistador» Francisco Pizarro era analfabeto, pero

igual dirigió la horda que arrasó con pueblos que sabían leer las estrellas, los quipus, las semillas y los vientos.

Ser alfabeto no significa ser culto.

En 1845, el político, escritor, pedagogo, y en su momento presidente de Argentina, Domingo Faustino Sarmiento, publicó *Civilización y barbarie*, un ensayo que fue clave en el desarrollo del pensamiento iberoamericano:

¿Lograremos exterminar los indios? —se preguntaba Sarmiento—. Por los salvajes de América siento una invencible repugnancia sin poderlo remediar. Esa canalla no son más que unos indios asquerosos a quienes mandaría colgar ahora si reapareciesen. Lautaro y Caupolicán son unos indios piojosos, porque así son todos. Incapaces de progreso, su exterminio es providencial y útil, sublime y grande. Se los debe exterminar sin ni siquiera perdonar al pequeño, que tiene ya el odio instintivo al hombre civilizado.

En 1947, la Conferencia Interamericana de Educación, reunida en Panamá, estableció como Día Panamericano del Maestro el 11 de septiembre, en homenaje a Sarmiento.

Y durante la Guerra del Pacífico, Ricardo Palma escribió a Nicolás de Piérola: «En mi concepto, la causa

principal del gran desastre (...) está en que la mayoría del Perú la forma una raza abyecta y degradada».

Quizá el maestro José María Arguedas tenía razón cuando ponía en boca del loco Moncada aquella expresión lapidaria: «¡Ahora comprendo que la enfermedad viene de la inteligencia!».

La promoción de la lectura define, en gran medida, el lado de la historia en el que nos ubicamos. No se puede ser neutral porque la lectura tampoco lo es. Ignorarlo es tomar posición del lado de quienes intentan ocultar esta realidad para impedir que pueda ser transformada.

Promover la lectura es adherirse a las realidades y a las expectativas de las poblaciones. Más aún, la motivación de la lectura ha de ser un reflejo de las capacidades de decisión, de los intentos de apropiación y de las búsquedas genuinas de las propias comunidades, de quienes la asuman como una herramienta para seguir aprendiendo desde su mismo contexto.

No aprender a leer por leer, sino en la procura de aquel abono que incremente el discernimiento desde la propia cultura, en el amacolle de una fronda desde las propias raíces.

No creo, particularmente, que pueda promoverse la lectura sin absolver el porqué y el para qué. Y, en consecuencia, el cómo.

Porque lectura no es evasión: es inmersión y riesgo, es liberación e impulso. Leer es reprobado la indolencia y ejercer el derecho al humor compartido, a la gratificación merecida y a una vida que no sea sinónimo de desgracia.

Leer como cosechar

La palabra leer deriva del latín *legere*, que significa «juntar, recolectar, cosechar». Esto porque antiguamente se la relacionaba con el «seleccionar palabras».

Legere, a su vez, es una palabra emparentada con *lignum*, «aquello que se recolecta para hacer fuego», y de ahí deriva la palabra *leña*³.

Con la palabra *leer* se entroncan *lección*, *elegir*, *inteligencia*, *religión*. Y como verbo va más allá de la lectura de un escrito pues puede hablarse de leer los ojos, los pensamientos, las estrellas, la hora, las líneas de la mano, leer el tiempo, el futuro, las manchas del café, un CD y un DVD.

3 En el alemán, *legere* se emparenta con la palabra *lesen*, que significaba originariamente «seleccionar, juntar». En inglés se usa una palabra *read*, que no está emparentada con la alemana *lesen* sino con *raten*, que significa «aconsejar» y también «adivinar», por la lectura de las runas.

Promover la lectura de libros es dotar a las poblaciones de otra fuente de lectura. Otra fuente que no puede pretender suprimir las ya existentes, sino contribuir, afianzarlas, sobre todo cuando esta se da en relación con poblaciones cuya filiación ancestral con la naturaleza ha generado culturas extraordinariamente lectoras del entorno, de lo objetivo y lo subjetivo.

Pero, además, en poblaciones relegadas, la lectura de los textos es también una contribución política para el conocimiento de la historia que las ha relegado y el reconocimiento de los derechos que las asisten.

La promoción de la lectura, entonces, no es un servicio sino la reivindicación de un derecho postergado, la conquista de un bastión negado, la recuperación de un valor esquivo.

Y antes de que el «lector rural» aprenda a congeniarse con los libros, el promotor ha de haber aprendido a leer las calles y las plazas, los villorrios y los campos, los cultivos, los fogones, las carencias y las ansias.

Así, si leer es cosechar, promover la lectura es sembrar. Sembrar las ganas de encontrarse con el libro y con la libertad de leerlo; sembrar el deseo de develarlo y la urgencia de compartirlo; sembrar la furia de descubrirlo y el deslumbramiento de comprenderlo.

Leer es también sembrar la evidencia de que la previa lectura del mundo no ha sido vana. Porque no se

trata de sembrar una lectura libresca sino omnímoda, abrazante y plena. Porque no leemos para renunciar a nuestro mundo sino para resembrarlo, para reescribirlo.

La promoción de la lectura ha de estar más llena de tierra que de letras, más plena de gente que de párrafos, más plena de pueblo que de estantes. Y eso implica comprometerse, sumergirse desnudos de oficio en la realidad si pretendemos emerger genuinamente empapados de alternativas.

Antes de ser bibliotecarios somos humanos. Y somos colectivo, somos el otro, somos los demás. Las técnicas preconcebidas y los procedimientos profesionales están al servicio de este proceso y no a la inversa.

La ciencia de la inocencia

Acudir a la biblioteca es ya un gesto de voluntad que no puede soslayarse. A partir de entonces, la biblioteca no es un referente académico sino una experiencia educativa, de tal forma que tampoco debe reproducir los vicios de la estructura escolarizada.

Si tuviéramos que compararla con la salud, hemos de evitar que la biblioteca sea un quiste, o peor aún, que se vuelva esclerótica. Si lográramos que su inserción no

resulte invasiva, mal haríamos luego en develarla artera, traidora de las expectativas de los lectores.

La biblioteca como templo de libertades bullentes, de decires muchos y saberes insurrectos. La biblioteca como guarida, la cueva donde se pueden robar los sueños para ser luego repartidos entre los hambrientos también de anhelos.

Preguntémoselo a los niños, que suelen ser azotados con lecturas que mayormente solo pagan las hipotecas de los adultos. La historia de la literatura para niños está plagada de manipulaciones y mamotretos conductistas, reflejos fieles de un molde social ajeno a las mayorías.

Una tendencia moralizante plagó durante mucho algunos textos considerados fundacionales. En el siglo XVIII, la francesa Jeanne-Marie Leprince de Beaumont publicó *El almacén de los niños* en cuyo subtítulo indicaba los

diálogos de una sabia institutriz con sus nobles discípulos, en los que se hace pensar, hablar y actuar a los jovencitos según el genio, el temperamento y las inclinaciones de cada edad; represéntanse los defectos propios de su edad y muéstranse el modo de corregirlos, con un resumen de historia sagrada, de mitología, de geografía, reflexiones útiles y cuentos morales.

Aunque no para censurar, es menester leer lo que pretendemos que otros lean.

Cuando contar no es contar

Casos como el de Charles Perrault, en el siglo XVII, resultan emblemáticos, pero deberían ser tomados a la inversa. Aunque casi todos sus escritos son loas al rey de Francia, este escritor y bibliotecario recreó diversos cuentos tradicionales que fueron publicados en 1697 con el título de *Historias o Cuentos del pasado*. Pero su propósito fundamental fue la reivindicación de la lengua francesa frente al latín en la educación oficial.

Los cuentos de la tradición oral siempre han sido, para todos los pueblos del mundo, la argamasa de sus culturas. Sin una sola letra escrita, las narraciones alrededor del fuego cohesionaban a los pueblos, fortalecían la identidad y retransmitían los saberes inmemoriales.

En nuestras comunidades los libros han de estar al servicio de esta cohesión, esta identidad y estos saberes. No por ser analfabetos somos menos sabios que los leídos. Sin saber leer ni escribir, infinidad de pueblos siempre mantuvieron fresca su riquísima memoria e hicieron florecer su cultura sin necesidad de libros.

Recuperar los cuentos significa recomponer los vínculos que se han ido disgregando con la modernidad. En sociedades urbanas en las que va primando la individualidad y en las que hasta el saludo resulta extraño y la conversación un bien ausente, el cuento reivindica la épica colectiva y la familiaridad originaria.

Y en el campo hay mucho que contar. No solo desde la vida cotidiana, germinadora y heroica por sus esfuerzos de sobrevivencia, en donde la cultura no es un artículo de consumo, sino que también es parte de la tradición heredada: contamos cuentos vivientes, no cuentas de mercaderes.

No podemos concebir la tradición oral como un apéndice superestructural, porque los pueblos no solo estamos hechos de tierra: también estamos hechos de cuentos. En el campo lactamos decires y epopeyas, relatos y leyendas.

Probemos con cada uno de nosotros: a veces no alcanzamos a recordar ni la enésima parte de aquello que nos instruyeron en la escuela, por muy cautivos que hayamos estado en el aprendizaje. Pero el cuento tiene la propiedad de la adherencia, el apego querendón de la añoranza grata, la insistencia seductora de la palabra abrazada.

Leer es también contar. Y contar significa interlocución, interactuación, interpelación. De modo que mal

haríamos en beneficiar la propensión de los lectores al encuentro de las computadoras cuando no hemos absuelto la consolidación del diálogo humano, del encuentro personal, de la comunicación grupal.

El libro no debe ingresar al campo como otra nueva tecnología, sino como el andamio orgánico de los saberes propios. El libro no debe ingresar al campo como ostentoso sinónimo de solvencia económica, sino como humilde heraldo de la generosa y gratuita tradición oral. El libro no debe ingresar al campo como paliativo educacional para los relegados de siempre, sino como levadura para las luchas sempiternas por la vida.

Que el leer sea histórico y no inmediato, que realce los valores de quienes crecen escuchando que no valen. Que la intimidad del leer nos catapulte a las mayorías. Que alimentar el ánimo con la lectura sea tan vital como indispensable es el pan de cada día.

Esto significa acabar con las agendas que nos restringen. Porque —como amar— el cultivar la lectura en nombre de una causa justa implica dedicación, necesita destipificar la promoción del leer como una mera actividad; implica apegos y desapegos, requiere entrega, demanda estar resueltos.

Valdrá la pena preguntarnos si trabajamos para la comunidad o si somos parte de ella. Valdrá la pena saber si solo cumplimos una función profesional o si estamos

compartiendo la construcción comunitaria del futuro; si nuestra decisión es una mera directiva laboral o un compromiso madurado en la apuesta del colectivo.

De cualquier modo, la realidad toca a nuestra puerta: tiene aldabas inmensas, pero a veces no escuchamos. Y esta aldeíta desperdigada, esta campiña honorable, este pueblo pertinaz nos exige abrir las trancas, asomarnos a las ventanas de su esperanza, insertarnos en sus broncas, afinarnos en la criticidad y asumir el compromiso de su destino.

De bibliotecarios y «biblionectarios» ~Libros, lectura y procesos comunitarios⁴~

Contextos generales

Hay un cuento acerca de un rey que, durante una carcería, se alejó de los demás y se detuvo a descansar bajo la sombra de un árbol. De pronto, un campesino que pasaba por ahí, se acercó, lo saludó como a cualquier paisano y le dijo:

— He escuchado que el rey anda cazando por aquí: ¿sabe usted si eso es verdad?

— Pues, sí; dicen que sí — le contestó el rey, sin identificarse.

4 Conferencia inaugural del VI Congreso Nacional de Bibliotecas Públicas de Colombia. Bogotá, 17 al 20 de setiembre 2018.

— Ve a que a mí me gustaría conocerlo — afirmó el campesino.

— Pues venga conmigo — le dijo el rey —: lo voy a llevar donde él se encuentra. Cuando lleguemos, va usted a ver que todos se descubren, menos uno. El que no se descubra, ese será el rey.

Así que fueron los dos al encuentro de los otros. Cuando les vieron llegar, todos se descubrieron, y el rey preguntó al campesino:

— Entonces, ¿ya sabes quién es el rey?

— La verdad es que no estoy seguro — le contestó el campesino—; no sé si el rey es usted o yo, porque somos los únicos que estamos con el sombrero en la cabeza.

Tenía que recordar este cuento cuando pensaba en la percepción que tenemos de nosotros mismos como seres humanos, como latinoamericanos, como bibliotecarios. Pero pensando también en aquello que reverenciamos y fortalecemos: si es la investidura o la esencia, si es el título o el mérito, si es la fachada o la hondura.

No es una duda liviana para los tiempos que corren, sobre todo si andamos debatiéndonos en medio de dos aterradoras catástrofes que terminan siendo una sola:

por un lado, el cambio climático ambiental y, por otro, el pavoroso cambio climático mental.

Ha pasado casi medio siglo desde que Suecia presentara la preocupación por la lluvia ácida y la contaminación por pesticidas y metales pesados en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano: el desenfreno industrial de la posguerra occidental ya no podía ocultar las agonías de la tierra.

Como era de esperar, los pobres fueron acusados de ser causantes de la destrucción. A ellos debía capacitárseles en el consumo balanceado y la competencia moderna. Y hoy por hoy, Sudamérica tiene uno de los niveles más altos de deforestación, por ejemplo, con cuatro millones y medio de hectáreas al año. Los organismos oficiales calculan que casi dos millones de toneladas de carbono se emiten anualmente a la atmósfera debido al cambio en el uso de los suelos. Esta no es solo una pesadilla amazónica: de los 800 millones de hambrientos que pueblan el mundo, 50 millones están en América Latina. Y la paradójica cuenta que mientras el 11% de la población mundial se muere de hambre, otro 13% sufre de obesidad.

La palabra contaminación alcanza su máxima significación en la especie humana, porque, en latín, *contamināre* equivale a ensuciar, contagiar, corromper, pervertir. Y el diccionario señala que es «Alterar nociva-

mente la pureza o las condiciones normales de una cosa o un medio por agentes químicos o físicos. Inficionar (corromper con malos ejemplos). Corromper la fe o las costumbres. Profanar o quebrantar la ley de Dios».

Esto significa que no solo es el árbol que se derriba, sino el espíritu que se desploma; que no solo es el bosque que se incendia, sino el ánimo que se trastorna; que no solo es el río que se mancha, sino también el sueño que se mutila.

Es cierto que esta angustia no es de ahora, pero no cabe duda de que andamos cada vez peor. Entre los siglos V y IV antes de nuestra era, vivió un filósofo y matemático griego llamado Demócrito, a quien sus compatriotas tenían por loco; vivía aislado de todos y andaba riéndose de todo. El gran médico Hipócrates fue llamado para atender el caso y fue con la sospecha de que iba a encontrar a un hombre afectado por «un vigor excesivo del alma».

En el escrito conocido con el nombre de *Carta a Damageto*, el médico Hipócrates narra el encuentro con el filósofo. No es un solitario; es un hombre que lee y estudiaba, buscando las causas de la melancolía y la depresión:

Solo me río del hombre lleno de estupidez, desprovisto de acciones firmes, pueril en sus designios, y sufriente, sin ninguna utilidad, a causa de sus inmensos trabajos... de ese que con ansias des-

medidas (...) funde el oro y la plata, los acumula sin descanso y se esfuerza por poseer cada vez más para ser cada vez menos. No se avergüenza de llamarse feliz porque excava las profundidades de la tierra por medio de hombres encadenados: entre ellos, algunos mueren a causa de los derrumbes de tierra; otros, sometidos a una larguísima esclavitud, viven en esta prisión como en su patria. Buscan oro y plata, hurgando entre polvo y desechos, desplazan montones de arena, abren las venas de la tierra para enriquecerse y despedazan la madre tierra.

Hipócrates terminó su carta escribiendo: «Demócrito no está loco; es el hombre más sabio que he visto. Y a mí, con su conversación, me ha hecho más sabio».

De modo que el desafío que nos convoca y nos interpela es inmenso, porque implica revisar los fondos para transmutar la demencia de la destrucción y la violencia en la locura de releer el mundo y abrazarlo; en la rareza de los imposibles y en la capacidad de ponernos en el pellejo del otro.

Memoria y olvido

¿Cómo nos toca este desafío en relación con el libro y la lectura? Probablemente una pugna esencial es la que tiene que ver con la memoria y el olvido, es decir, con los principios que evocamos en nuestro quehacer y con aquellos que se desvanecen a medida que los eludimos. Porque el poder hegemónico también se encarga de mecernos la cuna de los olvidos y borrararnos las huellas de la memoria.

Prueba de ello puede ser la historia que dispensamos a través de nuestras bibliotecas: el solo hecho de que los sometidos no funjan nunca de autores, revela la manipulación política del pasado, más aún en nuestro continente, donde, durante más de quinientos años, el coloniaje ha ido forjando diversas formas de despotismo interior.

Peor todavía: no es solo que la historia oficiosa mienta, es que precisamente revela la mentira y oculta la evidencia. Es decir, delinque, porque sustrae la certeza, envilece los indicios y autoriza los embustes. Es la paparucha del alevoso, el infundio de los impostores. Y al final no es que mienta: es su patente y nos dice de qué artimañas están hechos.

Esa historia no es la nuestra. No es la nuestra, pero nos atraviesa, nos hace quitarnos el sombrero, en sus di-

versos fueros, de la matemática a la geografía y de la estética a la literatura. Alguna vez leí un grafiti que decía: «Un gran historiador es una persona que tiene una gran memoria... y espera que las otras personas no la tengan».

La memoria está en el núcleo de la identidad de los pueblos, pero hay que abrir el núcleo, porque la crónica legal es como un blindaje que lo asfixia. De ahí el valor de la mayéutica, el arte de ayudar a parir, de hacer emerger lo entrañable. Porque el recuerdo no tiene que ser sujeto de dominio cuando tiene la independencia del corazón comprometido y el vigor de la mentalidad indómita (valga la ocasión para hacer un reconocimiento público a las ardillas: al parecer, ellas sí tienen un olvido fecundo, porque como no siempre recuerdan dónde han enterrado sus nueces, son responsables, cada año, del nacimiento de cientos de miles de árboles).

De alguna forma, los recuerdos son una semblanza que se escribe constantemente: no son una etapa pasada, un acontecimiento de los tiempos idos, porque la reminiscencia los actualiza, la evocación los despierta. Y cuanto más emoción haya tenido el recuerdo, más perdurable es su presencia, más potente es su resurrección, más vigente es su causa.

Es decir, mal haríamos en embobarnos con las ajenezantes novedades del consumo, si en nuestro propio patio está el raigón que nos ha hecho posibles. Dicho

de otro modo, mal haríamos en perseguir espejismos en lugar de avivar nuestro propio oasis, en nuestro propio territorio y con nuestra propia gente. A menos que seamos felices dentro de esta máquina de dejar hacer y dejar perder y dejar pasar. Se trata de tomar en cuenta la pregunta que hace un genial filósofo y cantautor colombiano: «¿Cómo lo ve, don Gregorio, la cucharita ónde fue a parar...?».

Don Antonio Vílchez, bibliotecario de la comunidad de San Isidro, me contaba hace un tiempo de aquel mayorcito, ya ciego, que escuchó a sus hijos conversar con los ingenieros diciendo que no iba a llover y el año iba a ser muy malo.

— ¡Déjense de decir zonceras!— tronó el mayor—: ¡lévenme a la laguna que quiero preguntarle a las arañas de las ineas⁵!

Lo llevaron cargado hasta la pequeña laguna y pidió que miraran a qué altura habían tejido las arañas sus telas. «Están muy arriba, casi en las puntas», le dijeron sus hijos. «Entonces va a haber muchísima agua. ¡Siembren todo lo que puedan!», sentenció el viejo. Los ingenieros movieron la cabeza; el viejo era analfabeto. Y las arañas

5 Enea o junco de estera. Anea, espadaña, junco, bayunco o totora.

tampoco habían ido nunca a la escuela. Pero ese año llovió muchísimo, tal como los iletrados habían dicho.

Ser analfabeto no significa ser ignorante: ignorante es aquel que no comprende que el analfabetismo es consecuencia de la postergación, pero, en algunos casos, también de la soberanía. Si un pueblo elige conservar sus saberes, en esa sinfonía radica su memoria y en ese ritmo camina su sabiduría.

La mama Santos Valdez, *yach'aqmama* —madre sabia— de la comunidad de Chilimpampa, solía decirme: «Yo soy analfabeta de castellano: en quechua —la antigua lengua madre de los Andes—, yo sí sé defenderme. Y no necesito aprender a escribir porque nosotros hemos aprendido a recordar lo que aprendemos».

Ignorante es sobre todo el que no asume la fructífera dimensión de las juntas solidarias. El individualismo compulsivo, particularmente en estos tiempos, puede ser estimulado por la hiperabundancia de una información que moja, pero no limpia. O que maquilla, pero no fecunda.

Esto implica que el recordar y tomar en cuenta nuestras matrices es un tema de posicionamiento básico. Lo que está en cuestión es la libertad de recordar, de poder hacerlo sin someterse a las manipulaciones que nos desvían y nos tuercen.

Tenemos una lección a tomar en cuenta en esta encrucijada. Es un cuento que fue escrito hace unos dos mil ochocientos años por otro hombre ciego, hijo de prisioneros de guerra, dedicado a la tarea de recordar los poemas de su pueblo. En *La Odisea*, Homero nos dejó aquella paradoja de la libertad conocida con el nombre de «La astucia de Ulises», que se ata al mástil de su barco para no sucumbir al desmesuradamente tentador, pero a la vez mortífero, canto de las sirenas. La diosa Circe le aconseja: «Si suplicas a tus compañeros o les ordenas que te desaten, que ellos te sujeten todavía con más cuerdas». Es decir, uno tiene que hacerse dueño de sí mismo, amparado por su comunidad, para no dejarse arrastrar. De modo que la libertad, como la memoria, no son frutos del azar, sino de una inagotable conquista.

Cultura: diversidad e identidad

Hay un acontecimiento histórico que suelo machacar, relacionado con la llegada del libro a nuestro continente. Y no es una bronca ligera: ocurre que la invasión desatada hace ya más de quinientos años sobre nuestros pueblos, sigue sacándonos la lengua y actualizándose de las más sutiles y brutales formas.

Aun en estos tiempos de ponderado avance tecnológico, contenidos y formatos pueden seguir siendo los mismos. No es solo que la misma historia se sigue repitiendo, sino que los procedimientos sociales pueden estar ya impregnados de ese carácter invasivo. De modo que una especie de retrospectiva no es solo para vernos en el espejo de lo pasado, sino en el catalejo de lo que estamos construyendo con nuestro quehacer bibliotecario.

En el siglo III antes de nuestra era, Aristóteles ya enseñaba en *La Política* —y al parecer sigue enseñándolo aún hoy—, que:

La guerra misma es, en cierta manera, un modo natural de adquisición, puesto que comprende la cacería no solo contra las bestias salvajes, sino también contra aquellos hombres que, nacidos por naturaleza para obedecer, se niegan a someterse; es una guerra que la naturaleza misma ha hecho justa y legítima.

Los alegatos que justificaron la llamada conquista de América, en el siglo XVI, iban más allá de la mera imposición: lo que pretendían era la total derrota de los otros. El llamado «requerimiento» estaba basado en la doctrina del *ars dictaminis*, es decir, el argumento vociferante del autoritario, el inapelable discurso de los dictadores.

La tarde del 16 de noviembre de 1532, diez mil abuelos nuestros —hombres, mujeres, ancianos y niños— fueron asesinados en la plaza de Cajamarca con el pretexto de un libro arrojado al piso: el libro arribó a nuestra tierra como un cartero del infortunio.

El cronista indio Felipe Guamán Poma de Ayala cuenta que el fraile español Vicente Valverde se acercó al Inca Atahualpa y lo instó a que se sometiera a su dios y a su imperio, que lo que él creía era cosa de burla; Atahualpa le respondió que no tenía por qué adorar a nadie sino al sol, que nunca muere, y preguntó quién le había dicho todo lo que estaba proclamando. El fraile contestó que se lo había dicho el libro. Entonces dijo Atahualpa:

«Dame el libro para que me lo diga». Y así se lo dio y lo tomó en las manos, comenzó a hojear el dicho libro. Y dijo el Inca: «¿Cómo es que a mí no me lo dice? ¡No me habla a mí el dicho libro!». Hablando con grande magestad, asentado en su trono, el inca Atahualpa arrojó el dicho libro de las manos.

Entonces fray Vicente dio voces diciendo: «¡Salgan, soldados, contra estos infieles que están contra nuestra fe y nuestro rey!».

Y así comenzaron y dispararon sus arcabuces y dieron la escaramuza y los soldados mataron a los indios como hormigas y de espanto...

Este desgarrador episodio solo fue el inicio de una estación inacabable de penuria y de ignominia. Porque el problema no fue que el libro llegara, sino la forma en cómo llegó, la concepción del mundo que encarnaba y el régimen que lo usaba como estandarte.

Lo que vino después no solo fue el látigo y la penitencia, sino la dislocación de la mirada genuina, la denigración del camino auténtico, el envilecimiento de los propios sueños. Como dijera el poeta César Vallejo: «El cadáver, ¡ay!, siguió muriendo».

A mediados del siglo XVI, durante la llamada extirpación de idolatrías —aquella funesta campaña represiva contra la sacralidad en el mundo andino—, el visitador español José de Acosta aconsejaba a los extirpadores refutar cualquier práctica cotidiana que constituyera pecado grave de los indios, por ejemplo:

Mirar al sol naciente y saludarlo; conciliarse con palabras la benevolencia del río que va a pasar nadando, observar el graznido o canto de las aves nocturnas o los animales, echar suertes sobre lo que ha de hacer, ofrecer a la tierra las primicias de las semillas o frutos, consagrar a los astros los hijos que les nacen... supersticiones de que está tan llena toda su vida... No hay enfermedad más grave de los indios...

Pero no es solo que no comprendían la entrañable filiación de las comunidades humanas con la naturaleza: miraban la realidad eclipsándola, no revelándola. No se acercaban para conocer sino para profanar, no para avizorar sino para desfigurar:

Siendo los indios de ingenio tan corto y pueril — escribió de Acosta—, más bien han de ser tratados como niños o mujeres, o, mejor aún, como bestias (...), y más que en aguzar la espada hay que pensar en el azote para que, corregidos, aprendan a temer y obedecer...

... porque son torpes, estúpidos, unos troncos que, fuera de su maíz y su chuño, no son capaces de entender nada...

aunque hay sus más y sus menos, son todos ruines y torpes y ajenos de toda nobleza, todos de condición baja y servil, de corto ingenio y juicio escaso y vacilante, todos de natural inconstante y caedizo... hechos para ceder solo al miedo y a la fuerza...

Una mirada así hace de los otros y de su mundo un espectro condenado a la penumbra, una nudosa imperfección a despreciar, corregir o cercenar. Nuestra historia fue contrahecha. O parodiada, apatраñada. Francisco López de Gómara, para citar un caso, a mediados del siglo XVI escribió su *Historia general de las Indias* y la

Crónica de la conquista de la Nueva España, mientras era capellán en la casa de Hernán Cortés:

El principal dios que tiene la gente de estas islas es el diablo, que le pintan por todos lados como se les aparece, y se les aparece muchas veces e incluso les habla. El diablo los tiene tan engañados que le creen cuanto les dice y él se anda como sátiro entre las mujeres y, tocándoles el ombligo, se desaparece.

Pero el señor López de Gómara nunca estuvo aquí: escribió sus voluminosos libros con la información que obtuvo de los mercenarios que frecuentaban la casa de Cortés, en España.

Desde muy temprano, por eso, la magistral capacidad de los pueblos originarios para criar y desbravar entró en acción. En 1570, el cronista nativo Titu Cussi Yupanqui escribió, a duras penas, toreando entre el quechua y el castellano:

La memoria de los hombres es débil y flaca, y si nosotros no acudimos a las letras para aprovecharlas en nuestras necesidades, será imposible poder nos acordar por extenso de todos los negocios largos y de importancia que se nos ofreciesen.

En medio de la mortandad, los pueblos almacigaron la letra para impugnar y revelar, para implantarle un andamiaje a la memoria herida. La letra fue descabalgada para enseñarle a andar.

Nuestra Red de Bibliotecas Rurales

Así sabiendo, o nomás sintiendo, desde 1971 comenzamos a formar nuestra Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca, en la sierra norte de Perú. No fue un proyecto ni un modelo. La idea era juntarnos y, en la espionosa coyuntura que atravesaba el país, aprovechar para informarnos y formarnos. Los libros no pueden hablar, pero ayudan a avivar el habla.

No pretendíamos empoderarnos del libro, queríamos que el libro se entropara con nosotros. A él, que llegó de la mano del despotismo y se mantuvo por siglos constreñido a los salones de los potentados, le hicimos guiños, lo embarbascamos para que se volviera parte de nuestros aparejos. El ritmo de la vida agrícola acabó por amansarlo, lo despojó del cosmético embaucador de personaje inaccesible.

Pero como los libros no pueden preciarse de ser neutrales, tanto en forma aunque más en fondo, algunos años después de empezar con esta marcha tomamos la

decisión de hacer nuestros propios libros, rescatando los saberes de las comunidades.

Este quehacer de la Enciclopedia Campesina no cesa. Queremos abrazar los conocimientos de todo el mundo, pero con brazos propios, sin los guantes blancos que suele imponer la adquisición objetalista del conocimiento primigenio. Porque —como insistimos siempre—, no se trata solo de leer, sino en nombre de qué causa leemos, de cómo esta lectura puede ser consistente con el ambiente en el que anida y con el mañana que queremos.

Los libros pueden tornarse un decidido fermento de la sapiencia. Hacerlos es una forma de revertir las invasiones y de honrar la humilde y portentosa fuente que nos heredaron nuestros mayores. Así, la lectura es una zaranda que nos permite cribar todo aquello que fertilice esta propia fuente.

La naturaleza de los libros no puede ser ajena a la naturaleza de la gente. La tierra, el agua y todo el ambiente no constituyen una estación de servicios; el hábitat no es un conjunto de cosas para la satisfacción del consumo; el territorio no es un inmueble surtidor de combustible fósil: la tierra es la bienamada madre a la que estamos enlazados. Y los libros pueden revelar la dimensión de ese milagroso cordón umbilical gracias al cual estamos vivos.

Cajamarca es una tierra muy bella. Más del 70% de su población es campesina; es una región agraria excepcional, tanto por su bagaje humano como por su condición climática. Pero una angustiosa extrema pobreza la abate. Y es aún más pobre desde que se explotan en su territorio las minas de oro más ricas del continente.

Tenemos allá un viejo dicho: «El Perú es un mendigo sentado en un banco de oro». Deberíamos cambiarlo y decir algo un poco más certero; por ejemplo: «El Perú es un banco de oro encasquetado encima del cosechero».

La iniciativa ciudadana

En todos estos años de venir andando, hemos aprendido que bregar por la supervivencia de la tierra, en nuestro quehacer y proceder cotidiano, no es endilgarse una pose de ecologista ni adjudicarse una graciosa concesión altruista: es, ante todo, develar el derecho de pertenencia al acervo de la naturaleza. Es el principio de la relación con el territorio.

Desde esa filiación, los saberes que habitan en las comunidades no son efluvios de una mentalidad arcaísta; la sapiencia de los más humildes es un vivero de dignidad acumulada que no clama palabras indulgentes ni filantropías autocomplacientes. En el *modus operandi*

del coloniaje moderno ya no se pone el cepo, pero igual nos tuercen la cerviz; ya no hay azotes en plaza pública, pero en pantalla pública se flagela la dignidad de la gente y se sojuzga la imaginación de los niños.

Si hay una función política primaria en el quehacer bibliotecario, esa es disolver el coágulo medular de la dominación colonizadora. Esto implica la deconstrucción de los engranajes y las prácticas arbitrarias. Las propuestas no pueden hacerse a partir de los vicios establecidos. Uno de los mayores desmontajes tiene que ver con las palabras que se utilizan, con las definiciones que las tecnocracias externas implantan y maniobran.

Porque, en efecto, si la construcción de los discursos reproduce la concepción que se tiene del mundo, sus ordenanzas se multiplican en las relaciones sociales y se reimprimen en sus aplicaciones prácticas. Como dijera el psicólogo Abraham Maslow: «Si tu única herramienta es un martillo, tiendes a tratar cada problema como si fuera un clavo».

Las iniciativas ciudadanas no pueden caer en el juego de ser calcos y copias del sistema que precisamente cuestionan, porque no están empujadas por comedimientos subalternos, sino impelidas por la fuerza de su majestad silvestre. En las comunidades no necesitamos miradas que suplanten nuestros ojos; no tenemos que ser coneji-

llos de indias en los que se experimenten las vacunas del próspero descalabro.

Recuerdo haber leído lo que algún experto había escrito en una pared: «Si buscas una mano dispuesta a ayudarte, la encontrarás al final de tu brazo». Seguramente una contienda decisiva es encontrar el torque de nuestras capacidades como sociedades civiles, como comunidades. Como dice el filósofo Ordine, «El mundo es solo una escuela de indagación. Lo importante no es quién llegará a la meta, sino quién efectuará las más bellas carreras».

Ética bibliotecaria

Hace ya muchos años, un amigo mío que trabajaba de capellán en un hospital psiquiátrico me contó que, en una ocasión, había pedido a los internos que dibujaran el rostro de dios. Casi todos hicieron sus dibujos como los moldes mandan: de barba y cabello largo, blanco, con semblante paternal, inmutable, soltero y sin compromisos. Pero uno lo había dibujado distinto: dios tenía los ojos de estupefacto, era completamente rojo y tenía la boca tapada con una mano. Cuando mi amigo le preguntó por qué lo había hecho así, el loco le con-

testó: «Es que dios se muere de vergüenza por la gente que ha creado».

Quizá era el único cuerdo. Jean Paul Sartre, cuya filosofía destacaba las nociones de libertad y de responsabilidad personal, decía que la vergüenza es un buen ejemplo para explicar las relaciones humanas, que no se descubre al prójimo observándolo, sino sintiéndose observado por él.

Cuando le pregunté a mamá Santos —quien nunca había ido a la escuela— si ella también pensaba que dios andaba rojo por el bochorno, me dijo: «No creo, porque si fuera así nosotros también tendríamos que avergonzarnos de él». «Entonces, ¿de qué color es?» —le pregunté—. «No tiene color —me dijo—: dios es transparente».

Tendría así razón el poeta libanés Kahlil Gibran cuando afirmaba que «aquel que no usa su ética como si fuera su mejor ropaje, estaría mejor desnudo». Porque lo ético no consiste en la adopción de posturas morales acordes con determinadas doctrinas: lo ético es una toma de posición innegociable que garantiza la integridad del otro más que la de uno mismo.

El ámbito de la posición ética es una forma superior de convivencia tanto con la sociedad como con la naturaleza. Lo antiético sería entonces tanto la injusticia como la codicia, tanto el abuso como el abandono,

tanto lo infraterno como la destrucción de la tierra. Lo antiético es todo lo que nos tuerce la convivencia comunitaria. Tener ética es asumir como propio el dolor y la alegría que podemos provocar en los otros.

Visto así, ¿cuál es el papel que tiene la biblioteca pública respecto a la gente? ¿Con quién es su obligación: con el edificio o con la comunidad en donde está el edificio? Dicho de otro modo: ¿su compromiso es con el ámbito del edificio o con la edificación del ámbito? Y si es así, ¿el bibliotecario conoce a la gente y las necesidades de su comunidad o solo somos aduaneros de la información y el conocimiento? ¿Cuál es su promesa con la cultura propia? En suma, ¿por qué y para qué se hace lo que se hace?

Lo que ocurre es que no solo se trata del riesgo de caer en una mecánica del servicio, sino a favor de qué o quién está ese servicio. Si las bibliotecas se erigen para atender las carencias, el bibliotecario no puede ser un propalador de supremacías. Los bibliotecarios no somos vectores de epidemias enajenantes.

Es aquí cuando se pone a prueba, además, la magnitud de nuestra modestia, porque cuando decimos que vamos a informar es porque estamos dando por hecho que el otro está desinformado; decir que vamos a educar es equivalente a decir que los demás no están formados; decir que se va a culturizar significa que —uno sí,

claro— los demás no tienen cultura. Por tanto, en una de esas, podemos tener los ideales correctos, pero no ser capaces de vivir de acuerdo a ellos.

Esta desconexión elemental suele ser la causante de la modorra o el fracaso de muchos de nuestros proyectos. Porque al no considerar la realidad, los pueblos siguen su camino no por lo que hemos hecho, sino a pesar de lo que hemos hecho. De modo que, como ineficaces, podemos ser muy eficaces. Los reprocesos pueden ser más bien retrocesos. Quizá no es que fallan los proyectos, sino que era otra realidad a la que estábamos respondiendo.

Alguien decía incluso que a veces las mejores intenciones sirven para obtener los peores resultados. No se trata de una querrela, al fin y al cabo, entre el bien y el mal. Llegado el caso, pocas veces ocurre que una mala intención redunde en un buen resultado. Aunque a veces pasa. No sé si será cierto, pero alguien me contó de un tipo que tenía una muy mala relación con su suegra; estaba tan molesto que hizo un poderoso ritual de vudú para acabar con ella... y la señora se curó de la artritis por efecto de la acupuntura.

Lo que ocurre también es que las propuestas que concebimos muchas veces se hallan bajo la presión de entornos instaurados nada gratos: la corrupción, la de-

pendencia, las cuotas políticas, el clientelismo, las obligaciones mercantiles, la lógica de los beneficios, etcétera.

O porque equivocadamente se asume que quien lee es superior a quien no lee. Así que leer puede ser muy *cool*, o muy esnob. El esnobismo, como se sabe, es la tendencia a imitar lo que se considera superior y elitista, despreciando simultáneamente a quienes se considera inferiores y subalternos. La palabra, al parecer, vendría del latín *sine nobilitate*, es decir, sin nobleza: *s nob* era la abreviatura que antiguamente la burguesía inglesa colocaba junto a los nombres de quienes consideraba ordinarios en las listas de los vecinos.

Desde la figuración del libro como un fetiche, existe el riesgo de la pedantería libresca, de espabilar una engreída insensatez, una ralea de exhibicionismo lector. La biblioteca no tiene que ser una pasarela. La lectura crítica, en tanto un acto de insubordinación, es incompatible con el arrodillamiento. La biblioteca es la prueba humilde, proletaria y tangible de lo infinito: cuanto más se lee, más se comprueba lo mucho que falta leer.

En su autobiografía, hace ya unos cien años, el poeta Antonio Machado advertía los peligros de la mirada urbana transferida sin consideraciones hacia el área rural:

Me repugna la política donde veo el encanallamiento del campo por el influjo de la ciudad. El

problema nacional me parece irresoluble por falta de virilidad espiritual; pero creo que se debe luchar por el porvenir y crear una fe que no tenemos. Creo más útil la verdad que condena el presente, que la prudencia que salva lo actual a costa siempre de lo venidero. Ésta no es una cuestión de cultura —se puede ser muy culto y respetar lo ficticio y lo inmoral— sino de conciencia. La conciencia es anterior al alfabeto y al pan.

Pasa que mientras nosotros podemos estar bregando por un cultivo goteante de la ética, los llamados medios masivos nos descargan cotidianamente una borrasca inmoral e impiadosa. Es como si hubiera el propósito de deshonestizarnos. El periodista peruano Marco Aurelio Denegri decía que, dado el derecho de poder hacer todo aquello que la legislación no impide, «no hay ninguna ley que prohíba embrutecer a la gente; la persona que en un programa televisivo está esparciendo basura no está cometiendo ningún delito».

Esto ocasionaría una aparente felicidad reclinada en los llamados cuatro ismos de la era digital: el inmediatismo, el fragmentarismo, el superficialismo y el facilismo. Tal vez habría que agregarle el ignorantismo. Todo menos la riesgosa postura del auténtico lector en do mayor: apasionado, comprometido, enraizado y decidido.

Por eso, leer es urgente, pero para que además se convierta en importante, requerimos una enorme dosis de motivación interior. Esa motivación nos la puede dar el indisoluble vínculo con la tierra y con la gente. No importa cuántos títulos ostentemos: una lectura comprometida lleva la rúbrica de la gratitud y la gratuidad.

Un proyecto ético trasciende la dimensión individual y tramonta los restringidos recintos administrativos. La realidad planetaria no puede ser reducida a la órbita doméstica, pero la trayectoria doméstica sí puede expandirse a la dimensión universal. Lo que hoy está en juego no es una promoción timorata de lecturas instructivas: está en juego la supervivencia de una humanidad con imaginación regeneradora, con higiene política y con responsabilidad moral común.

No hay lugar para la evasión. Si el razonamiento afirma que «el conocimiento nace cuando un sujeto se acerca al mundo», significaría que el sujeto no está en el mundo, no forma parte del mundo y puede, luego de accederlo, retirarse de él, ausentarse del mundo. Pero el caso es que estamos aquí, y lo que ocurra con el mundo nos incumbe. Porque en la biblioteca se encuentran y entrecruzan una diversidad de entornos, territorios, humanidades y erudiciones. Eso implica que nos toca embellecerla, fructificarla y multiplicarla. La ética no es

una normativa funcionaria: es una lectura del mundo que nos hace dinamizarla.

Resulta por eso indispensable una altísima dosis de indignación y de asombro. Y más grande aun de coherencia y consecuencia. Son palabras muy bellas, y por bellas, esquivas, y por esquivas, trajinantes. *Coherencia* viene de *haerere*, que significa estar internamente adherido; y consecuencia viene de *sequi*: la cualidad de perseverar sin rendirse.

Nos toca mirar a largo plazo. Nosotros, en Cajamarca, tenemos casi cincuenta años de venir andando y sabemos que recién estamos empezando. Para impulsarnos y para ser justos, no necesitamos tener sobre la nuca la mirada de Dios: basta con la existencia de los descamisados.

Aunque sabemos que el camino es largo, no nos falta el antojo y el entusiasmo. Y andamos advertidos: hace poco más de 400 años, Cervantes decía, a través don Quijote, el ingenioso hidalgo:

Pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron a su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los más de los

caballeros que agora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman; ya no hay caballero que duerma en los campos, sujeto al rigor del cielo...

Procesos comunitarios

En los años ochenta, me encontré con un grupo de exiliados de un país hermano nuestro en el que, en los últimos cuatro años, había tenido ocho presidentes. «¿Cómo explican esta situación?», les pregunté. Y uno de ellos me contestó: «Lo que pasa es que cada de uno de nosotros es un partido político diferente con serias divisiones internas».

Es verdad que, en cierta forma, un país es un conjunto de países, sumamente diversos y, a veces, porfiadamente distantes. Pero somos uno, al margen de las fronteras, las exclusividades y las separaciones. El riesgo es volvernos insulares en nuestra propia tierra. Hay mucho que nos desune, pero ¿qué nos une? ¿Qué nos conecta como humanos, qué nos acerca como pueblos, qué nos congrega como paisanos?

Las razones que nos empalman son, seguramente, las semillas fundamentales del territorio. Hay una realidad interior que nos define. Y lo invisible no significa que sea intangible. Por eso, la búsqueda y restitución de los vínculos es insustituible; reconocer y distinguir el tuétano de los pueblos podría despertarnos los intramuros; y reacoplar los huesos del terruño es vital para empezar a andar.

Si no camino mi ambiente, ¿cómo sería capaz de conocerme si no sé de qué estoy hecho, qué me hace real y qué me impide ser posible? Vivenciar la tierra define la dinamicidad de nuestros sentidos; hurgar en nuestra realidad aclara la composición de nuestras iniciativas. No se trata de un concepto gaseoso, de matrices lógicas ni estadísticas referenciales.

En el caso del Perú, casi una tercera parte del país son niños de 0 a 17 años. La FAO ha identificado en los últimos años a dos millones y medio de personas en situación de hambre, cien mil más de las que se registraron en los años anteriores. El Instituto Nacional de Estadística (INEI) informó hace poco que más del 50% de los niños menores de 3 años en el área rural padece de anemia; en el área urbana la cifra asciende al 40%. El informe señala que la anemia afectó a niñas y niños cuyas madres no tenían nivel de educación o solo contaban con estudios de primaria.

No es que seamos poblaciones vulnerables: somos pueblos excluidos, discriminados, postergados. Omitidos. No es que estemos en riesgo de vulneración: la padecemos a diario. No es invalidez: es vilipendio. La realidad no sabe de circunloquios: los números pueden servirnos de referencia y las teorías de advertencia, pero otra cosa son la existencia y la presencia.

La inserción de las miradas abiertas y sensibles, el olfato libre de humo, el oído sin corcho y la mano sin empuñadura pueden ayudarnos a ver el territorio no como un concepto sino como el ambiente que nos fragua y al cual nos debemos. Es verdad que el término territorio puede sonar —a diferencia de tierra o terruño— un poco limítrofe y mecánicamente cartográfico, así que, como dice el trabalengua, «el que lo descartografie, buen descartografiador será».

La primera ruptura en la relación con el territorio es la que hacemos al interior de nosotros mismos, cuando dejamos de ser sujetos coincidentes y unidos. Pasa seguramente lo mismo con el concepto de ruralidad: cuanto más conceptuoso se torna, más remoto se vuelve. Yo no conozco ningún campesino que diga: «Soy de la ruralidad». Como alguien decía, el campo no es «ese horrible lugar donde los pollos se pasean crudos».

Es verdad que en el campo no hay buena conexión a internet, pero hay conexión con la tierra. Y hay infinitos

gigabytes de sabiduría en cada recodo de los caminos y en cada fogón agrario. De muchos modos el problema no es que las poblaciones rurales lean mal, sino que — probablemente— quienes accedemos a estos territorios no escuchamos bien.

Y entonces suelen aplicarse medidas que, por novedosas, dan buenas fotos pero malos derroteros. Cito un caso: ¿por qué se promocionan los grupos según edad o supuestos intereses, si las comunidades son, precisamente, unidades comunes? En nuestros caseríos, por ejemplo, los ancianos siempre estuvieron rodeados de jóvenes y de niños, porque así se garantizaba el respeto y la permanencia generacional del conocimiento; la juntura resultaba siendo una regeneración constante, un mutuo enriquecimiento. Si ahora se les separa tanto, ¿qué mañana puede esperarle a un niño sin ayer?

«¡Biblionectarios» del mundo, uníos!

Hace ya muchos años, con Juan Medcalf —el entrañable compañero que comenzó a formar las primeras bibliotecas rurales de Cajamarca— íbamos caminando en el campo, de una provincia a otra, con nuestras alforjas cargadas de libros. Llevábamos por lo menos unas diez horas caminando y estábamos en una cuesta

temida, muy empinada, y no recordábamos para qué lado del camino se encontraba la casa del comunero bibliotecario. De pronto, desde la cima, una señora nos hizo señas para que siguiéramos subiendo; cuando llegamos donde estaba, la saludé y pregunté —con lo que me daba la respiración— dónde estaba la biblioteca. La señora me miró en silencio y con cara de desconcierto; entonces Juan intervino y preguntó dónde vivía el bibliotecario... y el desconcierto aumentó en el rostro de la mujer, hasta que dijo: «Disculpen, aquí no hablamos ese idioma». Estábamos a punto de caer de espaldas. Felizmente una niña salió de la casa, diciendo, «¡No, mamá, es la casa de don Manuel, donde están los libros!».

Este caso nos demostró que la tarea importa más que la denominación, que el nombre no hace al anhelo, del mismo modo que el color de las plumas no levanta el vuelo del pájaro. Y que, llegado el caso, tenemos que tratar de ser más políglotas de la tierra que bilingües de la academia.

Los nombres no siempre definen las acciones. En el caso de la palabra biblioteca, su partida de nacimiento es, de muchos modos, una franca limitante y, muchas veces, una confortable justificación. A nivel etimológico, como todos sabemos, *biblioteca* es la suma de *libro* y *caja* o *armario*, considerando que se refiere al lugar

donde se guardan los libros. En el caso de *bibliotecario*, el sufijo -ario indica el cargo o la profesión.

Ocurre que hay términos que nacieron enjutos, pero podrían robustecerse (como es el caso de *bibliotecario*). Como hay otros que nacieron para vivificar y terminaron amortajándose (como es el caso de *escuela*): la palabra escuela proviene del griego *skholé*, que significa *tiempo libre, contemplación, cultivo del espíritu*. La escuela era, antiguamente, el lugar donde uno podía humanizarse dedicándose a su formación, libre de las presiones diarias. De ahí que la palabra estudio significó, originariamente, *afición, afán, empeño*. Estudio es, en su etimología, *desvelo por afecto y gozo*.

Bibliotecario, en cambio, carga con el rótulo de la función, como predestinado a la custodia, el ordenamiento y la prestación del servicio con libros y documentos. Pero sería fantástico que un *armario* (que viene de *armarium*, el lugar donde se guardaban las armas) se convirtiera en un almarío, el lugar en el que mora el ánimo, el sople vital que nos impulsa.

Una bibliotecaria o bibliotecario no tiene que ser un *bibliodatarío* y, menos aún, un *bibliosectario*. Hace años se me ocurrió que la mejor definición sería la de *bibliolactario*, es decir, el que cría con la esencia fundamental del afecto, el que da de lactar el conocimiento... pero alguien me advirtió que hay el riesgo de caer en

tergiversaciones algo malignas. Por eso, quizá el mejor vocablo para huracanar el remanso sea *bibliionectaria* o *bibliionectario*: aquel que hace de los libros y la lectura una fuente tan energética y grata que aroma y atrae a quienes quieren nutrirse para seguir volando.

No estoy proponiendo que se cambie el nombre (¡faltaba más!), solo digo de hacer, en cualidad, aquello que el vocablo no precisa: inspirar a la pasión de leer los libros para columbrar el mundo. Porque la acción *bibliionectaria* es *polinizante*: fecunda tanto al que da como al que recibe. La biblioteca no es una jaula: es un espacio en el que se reinventa la función social en una consagración comunitaria.

Las lecturas pueden ser intensas y estimulantes, y su consumación no es una catapulta al supermercado. En una biblioteca el aprendizaje no tiene fin y las graduaciones pueden ser voluntarias y múltiples: en eso supera a las más mentadas universidades del mundo. No vamos a este manantial de néctar por obligación ni con el propósito de ostentar un cartón que nos garantice una dependencia. A la biblioteca podemos ir para aprender mil carreras con independencia de notas, con emancipada apetencia y con la certeza de que la lección es gozosa y solidaria, al margen de la utilidad pecuniaria.

Por eso también nos toca erigir nuestros propios escritos. Y con mayor razón debemos acudir a la estirpe

que nos ha mantenido vivos: el saber invisibilizado y proscrito de nuestros pueblos, la memoria insepulta que no aparece en los libros, la tradición oral de las bocas emudecidas, los cuentos insumisos, el recuerdo perenne, los saberes ninguneados, la obstinada supervivencia de la letra descalza.

Al fin, no es para rescatar el pasado: es para recuperar el futuro.

El tesoro bajo el puente ~Lecturas, identidades y territorios⁶~

Hay un cuento que anda por ahí, sin rienda ni dueño, que seguramente la mayoría de ustedes conoce y que, ahora, para empezar, quiero contar. Es sobre un funcionario experto en desarrollo rural que iba en su camioneta 4x4 paseando por una carretera en el campo y al que, de pronto, al pasar al lado de un pastor que cuidaba un rebaño de ovejas, se le ocurrió poner a prueba sus capacidades. Se estaciona, baja del vehículo, se acerca y le dice, directamente:

—Te apuesto cincuenta mil pesos contra una de tus ovejas a que puedo señalarte el número exacto que hay en este rebaño.

6 Conferencia en el sexto Encuentro Nacional de Promotores de Lectura, Colombia, agosto de 2012.

El campesino guarda silencio, se queda mirando al foráneo, lo saluda y, finalmente, acepta la apuesta.

El funcionario saca una laptop de su maletín, se conecta con internet inalámbrico, enfoca el lugar con satélites de Google, vectoriza los puntos y dice:

—74 ovejas.

El pastor se queda asombrado porque, en efecto, esa es la cantidad exacta.

—Soy una persona de palabra— le dice—: coja una oveja.

El hombre toma un animal y comienza a irse.

— ¡Esperel— grita el pastor—: deme la oportunidad de recuperarme. Le apuesto el doble contra nada a que yo soy capaz de adivinar su ocupación exacta.

El hombre aceptó rápidamente.

—Usted es un funcionario experto en desarrollo rural.
— ¡Increíble! —dice el funcionario sin soltar al animal que tiene sujeto—, ¡esa es exactamente mi profesión!... pero, dime, ¿cómo has llegado a esa conclusión?

El pastor le dice:

—Muy fácil. Primero, porque usted ha llegado sin que yo lo invite; segundo, porque usted me ha propuesto un trato relacionado con ganancias; tercero, porque us-

ted me ha dicho algo que yo ya sabía; y cuarto, tenga la bondad de soltar a mi perrito.

Lo que pasa es que —desde fuera— suele casi inconscientemente tomarse a la población rural como sinónimo de atraso. Y este es un prejuicio atávico reproducido con fervores dignos de mejores causas. Porque si se tuviera siempre en cuenta el valor de las diversidades y la extraordinaria sabiduría que anida en nuestra tierra, se enaltecería con creces el respeto y la consideración de lo auténtico.

Ocurre que situaciones como esta, tan aparentemente risibles como profundamente dramáticas, se han dado de diferentes formas y en distintas épocas a lo largo y ancho de nuestros pueblos.

Un 5 de setiembre de 1877, Tasunka Witko fue asesinado a punta de bayonetazos. Él fue jefe de los Sioux Oglala, un pueblo indígena de América reconocido por el coraje de su gente.

Tasunka Witko fue conocido como visionario y se dedicó a la conservación y defensa de las tradiciones de su pueblo. Por eso decidió, a mediados de 1800, enfrentarse a los blancos para recuperar sus tierras y expulsar a los buscadores de oro y a los cazadores de búfalos.

Fue ganando batalla tras batalla, hasta obligar al gobierno de los Estados Unidos a firmar el tratado de paz del Fuerte Laramie en 1868, que proponía territo-

rios bajo jurisdicción autónoma. Pero Tasunka Witko no aceptó el tratado y siguió venciendo, al punto que se desató una brutal persecución en la que terminaron atrapándolo y encerrándolo. Y allí, inerme, lo mataron.

Algunas de sus últimas palabras fueron:

¿Nosotros éramos los hostiles? Preferíamos cazar que tener una vida de ociosidad en las reservas. Muchas veces no teníamos suficiente para comer y no estábamos autorizados para cazar. Todo lo que queríamos era estar en paz. Y que nos dejaran solos. He hablado.

Tasunka Witko es conocido en español como «Caballo Loco» por la traducción de su nominación en lengua inglesa, «Crazy Horse». Cuando uno escucha el nombre así, la traducción traiciona, porque nos suena como un tipo atarantado, un demente, un perturbado. Pero el significado literal en lengua sioux es «Su caballo es loco», el cimarrón hermano espiritual que él soñó de niño estaba más allá de su propio orden; la naturaleza de sus sueños era inasible, increíble, deslumbrante.

Las historias que conocemos, los conceptos que manejamos, las definiciones que aseveramos y hasta las ideas que propagamos podrían pecar de erráticas, de ser solo la cáscara de profundidades ignotas, la piel de cuer-

pos prodigiosos, la superficie de profundidades incólumes.

Tasunka Witko nunca habló de identidad: ¿fue entonces un hombre sin consciencia? Él no sabía leer las letras ni conocía el abecedario: ¿significa que no sabía leer su mundo, que no podía escribir su historia? Él no quería formar un país ni pregonaba el concepto de patria: ¿por eso no comprendía el valor del territorio?

Referentes históricos

El punto de vista alterofóbico, racista, execrador y descalificante desde los discursos hegemónicos tiene larga data para nuestros pueblos y se halla establecido como una red que involucra los conceptos básicos del entramado social en el que nos movemos.

En efecto, desde el llamado «descubrimiento» de América, hemos sido vistos como territorios inmaduros, como una tierra que no había terminado de orarse. Para los invasores, esta tierra y esta gente carecían desvergonzadamente de los fundamentos básicos de la identidad cultural.

Alrededor de 1500, el eclesiástico e historiador español Andrés Bernáldez escribió una *Historia de los Reyes Católicos* con informaciones que, según él, le había pro-

porcionado de primera mano su amigo personal don Cristóbal Colón. En esa historia, Bernáldez decía de nuestra gente: «Y como ellos son gente bestial (...) no saben qué es tierra firme, ni tienen letras ni memorias antiguas, ni se deleitan en otra cosa que no sea en comer o en mujeres».

Si dijéramos que esto es historia muy pasada, podríamos tomar en cuenta lo que decía el influyente escritor y naturalista francés Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon, a mediados de 1700, sobre los indígenas americanos:

lejos de usar como amo su territorio, como si fuese su dominio, no tenía ningún imperio sobre él;... no habiendo sometido a los animales, ni a los elementos; no habiendo ni dominado los mares, ni dirigido los ríos, ni trabajado la tierra, en sí mismo no era sino un animal de primer rango y no existía para la naturaleza más que como un ser sin importancia, una especie de autómata impotente, incapaz de reformarla o secundarla.... sus artes eran tan nuevas como su sociedad; su talento imperfecto; sus ideas aún no desarrolladas; sus órganos toscos y bárbara su lengua.

Si quisiéramos un ejemplo más cercano aún, podríamos citar el Código Penal de 1924, en cuyas disposiciones se distinguían tres grupos de peruanos: «los ci-

vilizados»; «los indígenas semicivilizados o degradados por la servidumbre y el alcoholismo» y, por último, «los salvajes».

Hace solo tres años, comuneros nativos de la sierra y selva norte del Perú se levantaron para reclamar su derecho a la consulta respecto a la intromisión arbitraria de las empresas petroleras en sus territorios. El primer mandatario de la nación en ese entonces dijo: «Ya está bueno: estas personas no tienen corona, estas personas no son ciudadanos de primera clase... y quien piense de esa manera quiere llevarnos a la irracionalidad y al retroceso primitivo».

Si este tipo de posturas quedaran en la mera enunciación, solo sería una discrepancia de ideas, pero lo sucedido en relación con el territorio y las identidades de los pueblos ha tenido contundencias descomunales. Para dar un dato: se calcula que la población mundial en el año 1500 era de aproximadamente 400 millones; de estos, 80 millones habitaban las Américas. A mediados del siglo XVI, luego de la invasión, solo quedaban 10 de esos 80 millones. Esto sin hablar de las formas de exterminio, de la depredación de la naturaleza, de la desaparición de las culturas o de los desplazamientos forzados de las poblaciones.

Desde una supremacía aparentemente indiscutible, se ha ido generando una suerte de prohibición a la di-

ferencia. Los principios del substrato absolutista se imponen como criterios del *Uni-verso*, es decir, como la única manera de ocupar, ver y decir el mundo. Y deja de ser concebible un *Omni-verso*, la pluralidad, la suma de diversidades, la totalidad de caminos y de formas de ser y estar en el mundo; como tampoco se concibe un *Equi-verso*, una disposición dialogante de la heterogeneidad en respetuosa convivencia.

Pero se establece, además, una manera de percibir el mundo. La educación, como mecanismo de transmisión de las pautas establecidas, garantiza la ruptura de la relación con el mundo y establece el tomar distancia, el describir y objetualizar lo que nos rodea. Casi por inercia, esto deriva en la manera de saber y de decir lo que se sabe. El papel del *logos* —argumento, discusión, razón, propiamente «palabra», derivado de *légō*, «yo digo»— termina imponiéndose al «todos somos, todos decimos».

En la civilización occidental, como afirma el filósofo búlgaro Tzvetan Todorov, «en lugar del discurso polimorfo, se impusieron dos géneros homogéneos: la ciencia y todo lo que está emparentado con ella en relación con el discurso sistemático; la literatura y sus avatares practican el discurso narrativo».

La escritura —y su lectura consecuente, cargada de su propia identidad, de las matrices históricas de sus palabras— fue trasplantada súbitamente en nuestros

pueblos como parte de la sucesión invasiva. Las lenguas nativas —con el propio sentido y engranaje natural de sus palabras— no desarrollaron un sistema escrito que sustentara su visión del mundo.

Los fonemas castellanos coaccionaron las voces de las lenguas aborígenes y se equipararon significantes aparentemente similares con significados diametralmente distintos.

Este procedimiento fue acompañado, como sabemos, con la destrucción de las fuentes originarias de la sabiduría. Para el caso de México, por ejemplo, fray Diego de Landa cuenta en su *Relación de las cosas de Yucatán*, libro escrito en 1566: «Hallámosles gran número de libros de estas sus letras y porque no tenían cosa en que no hubiese superstición, se los quemamos todos, lo cual sintieron a maravilla y les dio mucha pena».

Sobre la espeluznante destrucción de los antiguos libros maya-aztecas en Tezcoco, fray Servando Teresa de Mier testimonia que:

Al primer obispo de México se le antojó que todos los manuscritos simbólicos de los indios eran figuras mágicas, hechicerías y demonios y se hizo un deber religioso de exterminarlos... entregando a las llamas todas las librerías de los aztecas, de los cuales solo la de Tezcoco, que era su Atenas, se

levantaba tan alta como una montaña cuando por orden de Zumárraga la sacaron a quemar.

Fray Juan de Zumárraga, quien ordenó este siniestro, fue el primer arzobispo de México y es reconocido como el principal promotor para la instalación de la primera imprenta del Nuevo Mundo y el poseedor de una de las primeras bibliotecas importantes en nuestro continente, «dada su cultura y sus aficiones humanistas».

Muchos estilos modernos de pensamiento, cargados en gran parte de estos bagajes, suelen trabarse cuando se trata de entender los contextos peculiares, porque la heterogeneidad de los procesos no puede ser reducida a los estrechos marcos de las miradas ajenizantes, despóticas o intolerantes.

Esto cobra mayor importancia en lugares como el área rural de Cajamarca, donde históricamente ocurrió la colisión entre dos formas de ver y tratar el mundo, y que tuvo al libro como protagonista emblemático de esta debacle. Porque aquí no solo ocurrió un genocidio, sino también aquello que algunos llaman un «geniecidio», es decir, la aplicación de la muerte más allá de lo físico, tratando de extirpar el genio y el ingenio de nuestros pueblos; una agresión sistemática y permanente para exterminar las almas, las mentes, las aspiraciones y los sueños.

Durante siglos se ha mentido nuestra biografía y se ha secuestrado nuestra memoria, de manera que es un desafío constante conjurar la adversidad reescribiendo nuestra propia semblanza, para que los libros que leamos puedan también ser espejos que celebren nuestra mirada.

Si abordamos el tema de las lecturas, puede pesar la prevalencia de superestructuras segregacionistas muy arraigadas, certificadas además por el propio autodesprecio. Por eso es imperativo revisar qué desconfiguraciones han ocurrido históricamente en nuestros pueblos y qué sustratos han logrado mantenerse vivos para construir un tratamiento equilibrado de identidades sin dobleces y su compenetración consecuente con el territorio.

Cultura, lectura y territorios

Hay un cuento muy bello sobre el amante que una noche llamó a la puerta de su amada: «¿Quién es?», preguntó ella desde dentro. «Soy yo», dijo el amante. «No te conozco», le dijo ella.

El tipo pensó que la chica andaba con los cables pelados y regresó al día siguiente; volvió a tocar la puerta y ella volvió a preguntar: «¿Quién es?»; «Soy yo», insistió

el amante; «Entonces márchate. En esta casa no cabe-
mos tú y yo», le dijo ella sin abrir la puerta.

El rechazado amante se fue al campo, donde estuvo
meditando durante meses, considerando las palabras de
su amada. Por fin regresó y volvió a llamar a la puerta:
«¿Quién es?», preguntó ella; «Soy tú», contestó él. Y la
puerta se abrió inmediatamente.

¿En qué medida la lectura que promocionamos ge-
nera leales compenetraciones con los espacios en los que
nos hallamos; en qué medida las filiaciones comunita-
rias pueblan los libros que difundimos; de qué manera
nos adherimos —como renovados— a nuestra tierra
gracias a las lecturas que compartimos?

Es imperativo tomar en cuenta que la «realidad» pue-
de ser una construcción discursiva en la que no siempre
se pueden ver reflejadas las propias realidades. O sea que
no tenemos acceso a la realidad, sino a las representacio-
nes que nos venden o que compramos sobre ella.

Estas «representaciones» pueden afectar nuestras ac-
ciones porque al describir la realidad ya están tomando
posición y, al reproducirlas, nos volvemos tributarios de
esa misma posición.

En el caso de la identidad, ¿a qué nos estamos re-
firiendo? O, dicho de otro modo, ¿con qué sentido la
aplicamos? ¿Con aquel que unifica o con aquel que dis-

tingue, con aquel que nos caracteriza en un colectivo o con aquel que me sujeta como individuo?

El filósofo alemán Martin Heidegger, siguiendo los diálogos sofistas de Platón, afirmaba que «cada uno es él mismo lo mismo para sí mismo». O, con otra traducción literal: «cada algo mismo es lo mismo —concretamente para sí mismo, consigo mismo—».

En un contexto rural heredero de culturas originarias profundamente acendradas, en las que la naturaleza no está fuera sino dentro de uno, una división entre yo y el mundo para poder autodefinirse puede implicar un forzado —e innecesario— distanciamiento cognoscitivo.

Aunque hablamos castellano, la lengua se halla en forma y fondo impregnada por el sentido originario de las lenguas y culturas que lo amansaron. En el idioma quechua, por ejemplo, la palabra *suq* que denota al uno, significa a la vez otro. Uno es otro, y el otro es uno mismo. Y en aimara, la palabra *naypacha*, que se traduce como «yo mismo», significa realmente «soy tierra».

El mundo no es una imagen proyectada por el hombre. Somos el mundo y podemos leer desde esa hondura. Pero si la estructura del idioma escrito suprime la libertad de los contextos en beneficio de la gramática, la palabra puede dejar de aludir la realidad para referir únicamente el chasis sintáctico.

En la forja de una correlación fluida de los pueblos con su territorio, ¿contamos o informamos? En un contexto como el latinoamericano, en el que perdura una capacidad creadora extraordinaria de los pueblos afiliados entrañablemente a la tierra, podemos verificar de muchos modos que las poblaciones rurales no leen mal, sino que, probablemente, quienes acceden a sus territorios no perciben bien.

El poeta universal César Vallejo nació en la provincia serrana de Santiago de Chuco, ubicada sobre los 3000 msnm., hacia el sur de Cajamarca, en el norte de Perú. Cuentan que, en la década de 1920, recién llegado Vallejo a París —en esa suerte de exilio que lo llevó hasta allá—, fue detenido por un policía francés que le preguntó: «¿Usted quién es?», y él respondió: «Soy César Vallejo, de Santiago de Chuco».

El frágil entramado de heterogeneidades y empatías difiere sustancialmente de conceptos propietarios y extractivistas. Este tejido, además, bulle de interacciones solidarias y participativas que vigorizan las potencialidades de sus componentes, tanto humanos como naturales.

En las áreas rurales, las comunidades no solo resultan siendo protectoras del entorno sino garantes de la subsistencia, guardianas del territorio; es decir, el territorio en sí mismas.

Así, la tierra y la naturaleza toda no constituyen un recurso cosificado, sino la franca fuente a la que la propia comunidad está adherida. De manera que, si me cambian el paisaje, me cambian las páginas de este libro prodigioso en el que puedo leerme.

Como las representaciones hegemónicas no cambian solas, queda el desafío de construir prácticas o acciones concretas que aporten a la consolidación de territorios tanto físicos como éticos, tanto legales como educativos, en los que sea posible enaltecer la paz y la dignidad de las naciones y sus pueblos.

Caminos y propuestas

Dice una antigua historia egipcia que el rey Thamuz — más conocido como Osiris y a quien los asirios y fenicios llamaron Adonis— recibió una propuesta del dios Thot, quien era el dios de la sabiduría, de la escritura, del lenguaje articulado; era el patrón de los escribas, de las artes y las ciencias; el dios Thot le ofreció el arte de escribir. Pero Thamuz no quiso aceptarlo y le dijo: «este invento producirá olvido. La sabiduría está en la verdad, no en su apariencia. No se puede recordar con memoria ajena. Los hombres registrarán, pero no re-

cordarán. Repetirán, pero no vivirán. Se enterarán de muchas cosas, pero no conocerán ninguna».

Las razones del rey Thamuz no tendrían que ser una sentencia universal, una condena irreparable. Sí podemos encontrar maneras para que la escritura sea amable con la diversidad cultural y su relación con el entorno; sí es posible evitar que la escritura colonice los territorios libres de la memoria y de la palabra auténtica.

Al fin y al cabo, las comunidades latinoamericanas tienen más de quinientos años doblegando a los verbos de la lengua inserta para que digan lo que la tierra quiere decir a través de ellos. Es posible escribir como se habla y no necesariamente hablar como se escribe.

Solo una tecnocracia de la lengua podría impedir la amplitud de los significados o los colores de las dicciones. Las territorialidades no tendrían que estar asociadas automáticamente a la conflictividad, si se comprende la permeabilidad enriquecedora de las identidades.

La aparente «inconsciencia del ser» puede resultar, en este caso, la forma más elevada de consciencia, la medida que no requiere un raciocinio descriptor artificial para sustentar el ser-saber. De modo que una lectura fecundada por el propio entorno puede consolidar las formas de organización y las respuestas económicas de las correspondientes comunidades.

La erudición colectiva y las tradiciones orales, en este caso, así como sus maneras de pervivir, no son una tabla de salvataje de los saberes, sino los saberes mismos. No son la manifestación del dentro, sino el mismísimo fondo.

El tema no es solamente cómo recuperarlas y potenciarlas, sino cómo evitar la ausencia de sensibilidad respecto a las formas fundamentales de comunicación en estas comunidades. Esto a más de evitar la delimitación nominativa y generalizante de «áreas rurales», pues es probable que la mayoría de los pueblos que se hallan en el campo no solo vivan desde la tierra, sino que vivan con la tierra y para la tierra. Son la tierra.

La observación de las lecturas y los discursos no puede privarse de la observación del universo que los rodea. Toda la magia y la sabiduría de la narración no están adelante ni atrás del corpus que la constituye, sino que son su propia constitución.

Hay un proverbio chino que dice que «El que espera a un jinete debe cuidar muy bien de no confundir el ruido de los cascos con los latidos de su corazón». Por esa misma razón, las producciones escritas de las vivencias relacionadas con la tradición oral y su atmósfera deben liberarse de los «paternalismos criollos» y de las interpretaciones oficiosas que, como alguien dijera, intentan versiones populares con mensajes digeribles para un su-

puesto «pueblo» «al que se presupone simple, despojado de toda sutileza conceptual o lingüística».

Porque el libro mismo, en cuanto tal, también puede ser acorralador, vapuleante y colonizador, y las bibliotecas podrían fungir de mausoleos ilustrados, publicidades engañosas o droguerías sin remedios.

Con razón, alguna vez el filósofo checo Franz Kafka escribió, en 1904, una carta a su amigo Oskar Pollak, en la que le decía:

En general, creo que solo debemos leer libros que muerdan y arañen. Si el libro que estamos leyendo no nos despierta como un golpe en el cráneo, ¿para qué molestarnos en leerlo?, ¿para que nos haga felices, como dices tú? Cielo santo, seríamos igual de felices si no tuviéramos ningún libro. Los libros que nos hacen felices también podríamos escribirlos nosotros mismos si no nos quedara otro remedio. Lo que necesitamos son libros que nos golpeen... Un libro debe ser el hacha que quiebre el mar helado dentro de nosotros.

En definitiva, sí es posible generar una lectura solidaria con el territorio, realzar la posibilidad de estar orgullosos del espacio en el que nos movemos, con la certeza de conocernos y de comprendernos, y no como

condenados a una aldea desamparada, a un reducto territorial inculto sin aptitud y sin futuro.

El tesoro bajo el puente

En su monumental poema «Economía del Tahuantinsuyo», Ernesto Cardenal dice al final:

¿Volverá algún día Manco Capac con su arado de oro?
¿Y el indio hablará otra vez?
¿Se podrá reconstruir
en estos tiestos
la luminosa vasija?
¿Trabar otra vez en un largo muro
los monolitos
que ni un cuchillo quepa en las juntas?
¿Restablecer las carreteras rotas
de Sudamérica
hacia los Cuatro Horizontes
con sus antiguos correos?
¿Y el universo del indio volverá a ser un Ayllu?

Esta no es una añoranza añeja, una melancolía de lanzas insepultas. Es más bien una búsqueda incesante, la convicción inquebrantable de que en nuestros pue-

blos habita aún una visión tesonera desde la cual construir los porvenires que demandamos.

En este sentido, como remarcamos siempre, el libro bien puede ser un talismán prodigioso que ayude a almacigar el mañana, pero no basta si no se acompaña de legítimos procesos que respondan a las urgencias de cada contexto y de políticas públicas que prioricen la forja de ciudadanos ilustrados, incorruptibles, comprometidos e identificados plenamente con su cultura y con su tierra.

La contienda principal, quizá, no está en no saber leer y escribir las palabras, sino en no saber descifrar ni delinear las posibilidades. Porque podemos leer mucho sin comprender nada, como podemos escribir bastante, pero falseando todo. De manera que una cosa puede ser un educado ignorante y otra, muy distinta, un analfabeto sabio.

Comparto, como para afianzar estas búsquedas, un antiguo cuento jasídico que habla sobre el viejo y piadoso maestro Eisik, de Cracovia.

Este Eisik, hijo de Jekel, tuvo un sueño que le ordenó dirigirse a Praga. Allí, bajo el gran puente que conducía al castillo real, le decía el sueño, descubriría un tesoro escondido.

El viejo maestro rechazó aquel sueño e intentó olvidarlo. Imagínense, ¡son más de 400 kilómetros cami-

nando! Pero el sueño lo persiguió con tanta tenacidad que al final el hombre se puso en camino.

Ya en Praga, vio que el gran puente se encontraba muy bien vigilado, día y noche, por temibles centinelas, así que no se atrevió a buscar el tesoro. Pero, como estaba merodeando, un capitán de la guardia se percató de su presencia y le preguntó con severidad qué hacía allí. El viejo maestro, con mucho susto y franca ingenuidad, contó el motivo de su viaje, o sea, su persistente sueño. El oficial estalló de risa y se burló del maestro.

— ¡Un sueño!— exclamó—. ¡Pobre hombre! ¿Has llevado a cabo tantos esfuerzos solo por un sueño? ¿Qué persona razonable puede creer en un sueño?

— Sí— dijo el maestro—, por un sueño.

— ¿Y si te dijese— prosiguió el capitán sin dejar de reír—, si te dijese que yo también he tenido un sueño?

— ¿Cómo era tu sueño?

— ¡Una voz me decía que fuese a Cracovia y que allí encontraría un gran tesoro en la casa de un viejo maestro!

— ¿En la casa de un maestro?

— Sí, de un tal Eisik. La voz decía que el tesoro debía ser descubierto en un polvoriento rincón, donde estaba enterrado, detrás de la estufa.

— ¿Eisik, hijo de Jekel?— preguntó el viejo.

— ¿Lo conoces?— preguntó el capitán.

Pero el maestro no contestó. Ya había dado media vuelta. Volvió corriendo a Cracovia a excavar en el rincón abandonado de su casa.

«Echóse a andar...»

~Bibliotecas rurales y su rol para la paz⁷~

¿Qué horma modela nuestro quehacer? Es inevitable preguntarnos qué temple tiene el futuro que estamos contribuyendo a formar con nuestras diarias ocupaciones: si tributamos a la inercia de generaciones indolentes y enajenables o si intentamos inmunizar la espalda de los más humildes y vulnerables de nuestros pueblos.

7 Conferencia presentada en el XXV Encuentro Nacional de Bibliotecas de las Cajas de Compensación Familiar, «Bibliotecas para el Post Conflicto», Yopal-Casanare, 29, 30 y 31 de julio de 2015.

De los sistemas y los cimientos

Si bien es necesario elaborar diagnósticos que boceten los síntomas de nuestro entorno, es ineludible verificar juntos los procesos que nos definen y las coordenadas que enmarcan nuestras respuestas. Porque no son coyunturas las que nos urgen, no son episodios los que nos demandan; son estructuras aparentemente irreversibles las que nos confrontan, son desafíos monumentales los que nos interpelan, son naufragios antiguos los que claman socorro.

Los anhelos a trabajar no pueden reducirse a un problema de procedimientos ni administraciones, sabiendo incluso que hay estructuras de poder supraestatales cuya propia naturaleza es extraña a la urgencia colectiva. Necesitamos los medios que apunten a las raíces, que tramonten la inmediatez de las coyunturas y que no maquillen las abismales arrugas de los que sufren.

¿Cómo cultivamos entonces las semillas adecuadas para resolver dilemas cruciales de carácter humano, más aún en el curso de una modernización que disuelve los vínculos profundos y los suple con lazos contractuales? ¿Dónde podemos almacenar los brotes solidarios, la simiente dignificante? ¿Cómo fumigamos definitivamente las lacras del racismo, las larvas del autodesprecio, las plagas de la arrogancia?

No son metáforas porque, de muchos modos, se trata de trabajar la tierra y de no disminuir el horizonte de las cosechas. Y aquí no es asunto del lugar en el que nos ubicamos temporalmente, sino de cuán coherente y consecuente es nuestra posición como personas y sociedades.

Un ejemplo que me parece elocuente para ilustrar este punto es lo ocurrido en Haití, cuando, en 1804, los esclavos expulsaron a los colonizadores franceses convirtiéndose en el primer país donde se abolió la esclavitud y se declaró la independencia. Los haitianos habían luchado en nombre de los mismos ideales con los que en 1789 la sublevación francesa había derrocado a la monarquía. Cuando los rebeldes haitianos les consultaron si podían participar en su Asamblea Nacional, los revolucionarios franceses respondieron que los derechos del hombre no se extendían a los negros, por la sencilla razón —dijeron— de que no eran ciudadanos.

El Conde de Mirabeau, escritor y político revolucionario que había intervenido en la redacción de la Declaración de los Derechos del Hombre y que incluso había escrito un ensayo en el que decía «el despotismo es una manera de ser horrenda y convulsiva» fue todavía más lejos y mandó decir a los haitianos: «recuerden que al calcular el número de diputados que corresponden proporcionalmente a la población de Francia, no tomamos

en consideración ni el número de nuestros caballos ni el de nuestras mulas».

Con vergonzosas ignorancias como esa, los problemas resultan ser de especie, no de ideología. Esta situación exige proyectos morales que trasciendan la ética individual. Es decir, el quehacer de una biblioteca como baluarte de la sabiduría no puede circunscribirse al trámite doméstico cuando lo que está en juego es la debacle mental y el exterminio del mundo. Porque tanto las hambrunas como la muerte de un glaciar no son desastres, son crímenes irresueltos.

Los deberes no son ordenanzas burocráticas y los derechos no pueden seguir siendo solo aspiraciones. Y puede ser tiempo desperdiciado el embarcarnos en bregas carentes de perspectiva humanizante o huérfanas de ternura civilizadora.

Aunque es verdad que los entornos no colaboran mucho. No podemos ignorar el hecho de que en la sociedad predominante se va instaurando cada vez más el paradigma de lo descartable, de lo rápido y lo bélico. El consumo pregona que cuanto más artefactuales nos volvamos, más exitosos seremos. Y los llamados medios de comunicación nos restriegan a cada instante la constitución aparentemente normal de lo mortífero y de lo impune.

Para citar un caso, después de la bomba atómica en Hiroshima, aquella que arrasó con unas doscientas mil vidas, la imagen del hongo atómico se convirtió en el logotipo de unas 55 empresas en Nueva York y, en la ciudad de Las Vegas, se dio inicio al concurso de belleza «Miss Bomba Atómica».

Como dice la escritora Susan Sontag, «ser espectador de las calamidades que tienen lugar en otro país es una experiencia intrínseca de la modernidad». Es decir, el no condolerse con las imágenes que muestran semejantes estragos tiende a convertirnos en monstruos morales.

Los noticiarios, las películas en hora punta y hasta la programación para los niños resultan ser parte de una «necrofagia comercial» obsequiosa de titulares pavorosos y tribulaciones insalvables, avivando miedos invereados, calles letales, relaciones flagelantes y futuros lúgubres.

Uno tiene que recordar entonces el episodio que Sócrates habría oído sobre Leoncio hace unos 2500 años:

Leoncio, hijo de Aglayón, cierto día, vio de lejos unos cadáveres tendidos en el lugar de los suplicios y sintió simultáneamente un violento deseo de acercarse a ellos para verlos y un temor mezclado de aversión a semejante objeto. Resistió al principio, y se cubrió el rostro; hasta que, por fin, cediendo a la violencia de su deseo, corrió hacia

aquellos cadáveres, abrió los ojos cuanto pudo, y exclamó: «¡Ahí los tenéis, malditos, saciaos a vuestras anchas de tan hermoso espectáculo!»

Con semejantes rudimentos, la construcción de la paz —cuyo sentido primario significa ensamblar— apunta a un trasplante de arquitectura esencial. La historia común latinoamericana enseña que no pueden relativizarse los martirios padecidos. Y que la potencia aniquiladora no es la llamada a dirimir las polémicas.

Enseña también que nuestra generación no puede refugiarse en «el estremecedor silencio de los bondadosos», del que hablaba Martin Luther King. Porque esta realidad no es una circunstancia pasajera, no es un intervalo peregrino: es un desafío que demanda reedificar los cimientos.

La biblioteca como espacio forjador de paz

Las bibliotecas —como he mencionado alguna vez— no solo nacieron para evitar el olvido sino para avivar los recuerdos. Las primigenias, en Egipto, eran llamadas incluso «Casas de la vida», para diferenciarlas de los almacenes de papiros que eran llamados «Casas de los libros».

En las «Casas de la vida» se dinamizaban los escritos: se leía, transcribía, interpretaba y compartía. El texto cobraba vida, la palabra tomaba cuerpo. Y ese significado efervescente de los orígenes también nos interpela.

Biblioteca es sinónimo de dinámica, no de mecánica. Biblioteca es sinónimo de movimiento, no de estacionamiento. Pero quizá, más que tratarse de la forma, se trata del fondo, porque una biblioteca bien puede ser un artilugio de la maquinaria colonizadora si el conocimiento que distribuye es puramente tributario del emplazamiento hegemónico, es decir, el dispensario adoc-trinador de la ajenidad y la desmemoria.

No podemos dejar de recordar que el libro entró a nuestra historia como presagio del infortunio. Desde su arribo en 1532 a la hoy Plaza de Armas de Cajamarca, el libro estuvo adscrito a la arbitrariedad de los letrados y al carácter irrefutable de las falsías que se documentaban.

Pero el libro es el mensaje, no el mensajero. Y si hay maleficios, hay conjuros. Cuando hablamos del libro y las bibliotecas como un derecho conquistado, estamos refiriéndonos al rol que juegan el discernimiento y la capacidad soberana de los pueblos para aportar desde su propio contexto, desde su auténtico bagaje histórico —desde su tenaz experiencia productiva y su recia constitución comunitaria—, a la vida de todo un país y

a la reedificación de la añorada paz que alguna vez nos fue arrebatada.

Una biblioteca tiene la posibilidad de entrelazar el propósito de quienes la promueven con el interés de quienes la requieren. Es decir, los métodos tienen que ser hijos de las junturas conceptuales, de la búsqueda inalienable. La biblioteca bien puede ser una construcción colectiva entre comunidades, profesionales y autoridades, en su rol determinante como propulsor de la información, la criticidad, la memoria, el humor, la estética, la lúdica, la furia de leer y la sabiduría.

Nosotros no dudamos de que el fecundo ejercicio de la lectura puede sentar las bases de un desarrollo endógeno realmente competente. Competente en lo económico y en lo anímico, en la medida que puede apuntalar los criterios propios y proveer a la vez de experiencias enriquecedoras, o sea, aportar los ingredientes necesarios para la construcción de la paz, la igualdad y el verdadero bienestar de todos los pueblos.

En este sentido —como solemos insistir, constantemente—, el papel del bibliotecario, en tanto procurador de estos espacios, tiene una altísima responsabilidad en la multiplicación de estas lecturas. Porque azotes como el desmembramiento de la comunidad, el desprestigio de la vida agrícola, el auge de la corrupción, el enseñoreamiento de la ignorancia o la dilatación de las agonías no

pueden seguir entornillándose al punto que ya parezcan normales.

El libro y la lectura como herramientas de paz

La lectura no trae paz, pero impele a buscarla. La lectura incluso puede acicatear la bronca en el íntimo estallido de la indignación, pero esos hervores nos erigen y nos pueden lanzar a la búsqueda de caminos honorables.

Por eso es apremiante que la lectura no se reduzca al ámbito de los textos sino que pueda partir y ser devuelta a los contextos. Los campos de cultivo son más que pizarrones que nos dicen cómo va la economía; el paisaje es la franca cátedra del clima; los rostros también nos dicen de cuán infaustas son las aflicciones o de cuán encumbradas son las convicciones; la calle nos educa con el descaro de su didáctica.

Hace un tiempo leí un grafiti que decía: «Muchas autoridades viven tomando medidas, pero nunca hacen el vestido»; en otra pared: «Quien es capaz de sonreír cuando todo le está saliendo mal, es porque ya tiene pensado a quien echarle la culpa». Y ya que de cambios estamos hablando, no puedo dejar de recordar un grafiti que decía: «Lo único que te cambiaría es el apellido».

Porque no necesariamente son los libros los mejores timoneles de nuestras derivas. Puedo mencionar un par de ejemplos: en *La política* de Aristóteles, escrita hace 2300 años —cuya filosofía rige de muchos modos el pensamiento contemporáneo—, puede leerse:

es hombre de otro el que se convierte en una propiedad, y como propiedad es un instrumento de uso (...) se es esclavo por naturaleza (y) la utilidad de los animales domesticados y la de los esclavos son poco más o menos del mismo género.

El escritor Jorge Luis Borges —para citar otro ejemplo—, no tenía escrúpulos en decir que le hubiera gustado tener un par de esclavos: «Es mejor tener sirvientes vitalicios, que tener que renovarlos cada dos o tres meses». Luego, Borges afirmaba en una entrevista que:

Si la violencia se utiliza en nombre de la cultura, la admito. Si no, no. Por eso creo que, con todo, los soldados de la conquista del desierto peleaban por una cosa más justa que los indios que lo hacían por nada. Pero me pregunto, ¿por qué insistir en un tema tan exótico como el de los indios? Ustedes parecen bolivianos.

Pero, evidentemente, es más confortable que un niño de primaria sepa quién es Borges y que encuentre en la biblioteca todos los libros de Aristóteles y colecciones completas sobre la antigua cultura griega, a que se halle un solo libro con los testimonios de su propio sabio abuelo o sobre su prodigiosa —y tercamente viva— propia cultura.

Quizá era por eso que Mahatma Gandhi decía que «Es mejor ser analfabeto y picar piedra o destripar terrones por amor a la libertad, que adquirir una cultura literaria y permanecer, a pesar de ella, encadenado como un esclavo».

Avivar el discernimiento y la criticidad a través de la lectura debe implicar también formas de organicidad local que afiancen la responsabilidad social de los participantes, de manera que el debate comunitario aporte a la búsqueda de alternativas y redefina las tareas y acciones institucionales desde las genuinas demandas de las poblaciones.

Memoria y convivencia

Cuando —hace ya muchos años— empezamos a recoger los cuentos y las tradiciones de nuestras comunidades en el campo, nos dimos cuenta de que nosotros no

éramos los olvidados: solo estábamos inéditos. Que lo importante no es que otros nos olviden, sino que nosotros no debíamos dejar de recordar.

Hay una memoria insepulta que nos mantiene despiertos, una obstinada evocación que nos instiga a sobrevivir. Es esa remembranza, la sedimentación de los caminos y de los sentidos, la que nos han mantenido vivos. Por eso la invasión se empeñó tanto en confiscarnos la historia, para que dejáramos de ser nosotros mismos.

La erudición comunitaria, la memoria colectiva, las tradiciones orales, así como sus maneras de ser transmitidas, no son una expresión de la cultura sino la cultura misma, el universo de las experiencias y de las emociones. La cuestión no es únicamente cómo recuperarlas y potenciarlas, sino cómo evitar la ausencia de sensibilidad respecto a su primordial importancia en la comunicación y la convivencia.

Pero —como suelo insistir— no se trata solo de honrar con el respeto la herencia de los abuelos y las odiseas de quienes nos antecedieron, sino de sentar las bases que nos permitan un conocimiento real y soberano de la memoria, evitando así continuar con la monserga colonizadora con que suele describirse la historia.

Recuperar la huella colectiva, tanto en su sentido cultural como histórico, no significa hacer un recuento secuencial de los acontecimientos, sino preservar la

evidencia de lo que no debió ser o de lo que hubiera podido ser mejor. Es decir, contar con la posibilidad de mirarnos en el espejo de lo vivido y comprobar que, a pesar de todo, pudimos volver a construir nuestro camino.

Esto implica reescribir nuestra propia semblanza sin posiciones genuflexas, sin cerrarle el paso a la voluntad de la reminiscencia ni a la insubordinación de lo fidedigno. Así, los libros no solo serán emblemas de glorias intrusas, sino ventanas abiertas de perseverancias propias.

Masa

Es sabido que las sociedades no se cambian por decreto, como es sabido que más de la mitad del objetivo es el intento. Que no es la amnesia la mejor consejera de quien quiere encontrar su senda. Así, la disposición de encausarnos hacia lo medular puede ser adecuada para agilizar lo operativo.

Es inaplazable la redefinición de nuestros objetivos y premuras. Definitivamente sí es posible que nuestras bibliotecas sean bastiones que prioricen la forja de ciudadanos ilustrados, incorruptibles, comprometidos e identificados plenamente con su cultura, con su historia

y con su tierra. Porque la lectura puede desanudar el yugo que nos agacha y revelar el futuro que nos reclama.

Quiero concluir con un poema de César Vallejo — quien nació en el campo, en la región vecina de Cajamarca—, del poemario *España, aparta de mí este cáliz*, que escribió como testigo de aquella guerra civil, como la más honda invocación a la unidad. El poema se llama «Masa»:

Al fin de la batalla,
y muerto el combatiente,
vino hacia él un hombre y le dijo:
«¡No mueras, te amo tanto!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Se le acercaron dos y repitiéronle:
«¡No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,
clamando: «¡Tanto amor
y no poder nada contra la muerte!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Le rodearon millones de individuos,
con un ruego común: «¡Quédate, hermano!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Entonces,
todos los hombres de la tierra le rodearon;
les vio el cadáver triste, emocionado;
incorporóse lentamente,
abrazó al primer hombre;
echóse a andar...

La Tierra cuenta ~Oralidad, lectura y escritura en territorio comunitario⁸~

La sensación y la palabra

Hace unos meses, caminando hacia la lejana comunidad de Yunchaco —cerca de donde el caudaloso Marañón se abraza con otros ríos para formar el Amazonas—, nos detuvimos porque una larga caravana de hormigas, cargadas de hojas, palitos y granos, atravesaba la senda. Maiquito, el niño campesino que nos guiaba, dijo, rotundo:

— Más tarde va a llover.

— ¿Cómo lo sabes?— le pregunté.

8 Conferencia presentada en el lanzamiento del nuevo Plan Municipal de Lectura, Escritura y Oralidad de la Ciudad de Medellín, Colombia, 28 de noviembre de 2016.

— ¿No lo ves? Las hormigas nos están avisando.

Miré a las hormigas y la verdad es que no escuché nada; miré al cielo y no vi una sola nube. Unas horas después, el cielo se preñó de nubarrones y el aguacero se desató tal como las hormigas habían dicho. Cuando se lo conté a César Burga, el comunero bibliotecario y padre de Maiquito, me preguntó:

— ¿Vos no sentiste además el calor que avisa la lluvia?

— ¿Te refieres al «sol de lluvia»? —le repregunté.

— No —me explicó, clemente—: es el calorcito que uno mismo siente sabiendo que va a llover.

Esa tarde escribí en mi libreta de campo:

Estamos también perdiendo la capacidad de leer-nos a nosotros mismos. Felizmente las hormigas no van a la escuela: para aprender hay que acechar y asombrarse siempre. La tierra no escatima enseñares. No hay más camino que esta juntura, generosa y fértil, de todos con todo, entre todos, por todo. En este país, los que más recuerdan son los más olvidados.

Muchas veces, cuando se escuchan o se leen relatos como este, el intelecto emite casi mecánicamente palabras como «indígenas», «folklore», «creencias», «mentalidad prelógica», «costumbres», «arcaísmos», «supers-

ticiones», etcétera. Todas esas palabras llevan implícita una carga descalificadora, la impronta de la minusvalía. Las palabras adoptan una pose guillotinesca, la autoridad grisácea de la academia, la superioridad cerebral del instruido. No es que de por sí las palabras sean cerceadoras, pero en determinado estrato han asumido el rango arbitrario del estereotipo.

¿Por qué las sensaciones se adscriben a lo primitivo y lo racional a lo civilizado? Es decir, ¿por qué la razón goza de la autoridad de la que los afectos carecen?, ¿En qué momento la percepción del entorno sucumbe frente a la descripción abstracta? ¿Cuándo es que los parentescos territoriales se allanaron para dar paso a los mapas conceptuales? ¿Cómo es que las comuniones pueden ser sustraídas por los inventarios y las filiaciones claudican ante lo contractual? ¿No será que miramos las cuadraturas de la televisión y las computadoras, con tal acatamiento, que terminamos volviéndonos sus espejos, que cada vez más nos desnaturalizamos?

No pretendo contestar ahora mis propias preguntas y quizá tampoco se trata de aspirar a encontrar la punta de la madeja, pero en el afán de redecir, repintar, redanzar o reescribir nuestra propia historia, seguramente nos urge columbrar los entramados de este tejido que nos abriga y nos desnuda constantemente.

Porque los afectos y sus manifestaciones no tienen que seguir siendo sinónimos de atraso ni las antiguas sapiencias emanaciones de ignorancia. Tenemos que dejar de ver el llamado animismo como una graciosa concesión humanizante hacia la pobre y desvalida naturaleza: si ella no fuese quien es, nosotros no seríamos quienes somos.

El gran problema es que —en los tiempos que van— también nos están arrancando las páginas de la comarca. No solo se están descuajando las páginas de este libro prodigioso que es la tierra, sino que, como autómatas, pasamos a hablar el idioma de la ausencia, de la mudez, de la premura, de la querella.

Y este «desvínculo» no es de índole metafísica: a mediados de octubre de 2016, la FAO emitió un informe en el que estima que para el año 2030 podría haber entre 35 y 122 millones más de personas sumidas en la pobreza como consecuencia de la destrucción ambiental. Y a fines de ese mismo mes, el Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF, por sus siglas en inglés) lanzó la alarma de que la vida silvestre en el mundo se ha reducido en un 58% desde 1970. «Las principales causas —señala este informe— son la actividad humana, como la ocupación del hábitat de las especies, el comercio de animales silvestres, la contaminación provocada por las

actividades industriales y el cambio climático que afecta a la Tierra».

No son, pues, los irracionales y salvajes incivilizados los que han llevado al mundo al borde del colapso. Cuando el territorio deja de ser el equilibrio concordante de lo de adentro con lo de afuera —la consonancia de sentimientos articulados y las sensaciones armonizadas—, la destrucción de las voces y el saqueo sin límites pueden ser irreversibles.

Lo que enferma o enajena a un individuo y a una sociedad es la ruptura de estos sentidos territoriales básicos y urge, entonces, desbloquear la obstrucción perceptiva de los vínculos, restituyendo los hermanamientos naturales. Porque el territorio no es un espejismo delirante. Y leer la letra no tiene que enmudecer al mundo que nos habita y que nos circunda.

Quizá el problema no es que la cosificación del mundo esté en el fundamento de los discursos hegemónicos, sino el nivel de asimilación que las personas y las comunidades tengamos de este concepto y sus consecuentes prácticas depredadoras.

El cruento desencuentro

Vengo de Cajamarca, en la sierra norte de Perú, el lugar en el que «empezó la agonía» —como decía Pablo Neruda en su *Canto general*—. El 16 de noviembre de 2016 se cumplieron casi cinco centurias de ese cruento desencuentro, el día que se inició la invasión (la llamada conquista) y este choque de culturas entre incas y españoles.

Ese fatídico atardecer se instituyó el rol aniquilador de la palabra escrita. En lo sucesivo, no era que el poder estaba escrito: lo que estaba escrito era poder.

Todos los cronistas que relatan ese momento coinciden en la figura central del cura Valverde entregando el libro al Inca Atahualpa. El cronista Francisco de Xerez describe a Valverde acercándose con una cruz en una mano y la Biblia en la otra y, a través de un intérprete, diciendo a Atahualpa: «Yo soy sacerdote de dios, y enseñé a los cristianos... y asimismo vengo a enseñar a ustedes. Lo que yo enseñé es lo que Dios nos habló, que está en este libro».

Francisco López de Gómara, otro cronista español, cuenta que Atahualpa respondió:

... muy enojado, que no quería tributar siendo libre... Y en cuanto a la religión, dijo que la suya era

muy buena y que bien se hallaba con ella, y que no quería ni menos debía poner en disputa una cosa tan antigua y aprobada; y que Cristo murió, y el sol y la luna nunca morían y que cómo es que sabía el fraile que su Dios de los cristianos había creado el mundo. Fray Vicente respondió que lo decía aquel libro, y le dio su Breviario. Atahualpa lo abrió, miró, hojeó, y diciendo que a él no le decía nada, lo arrojó en el suelo. Tomó el fraile su brevia-rio y fue donde Pizarro voceando: «¡Los evangelios en tierra: venganza, cristianos!».

Y se desató la masacre...

El cronista indio Felipe Guamán Poma de Ayala escribió, chapoteando entre el quechua y el castellano, clandestinamente, su *Nueva crónica y buen gobierno*. Para ayudar a la palabra, la llenó de dibujos. Cuando en estos dibujos aparece alguna autoridad española con un libro en las manos, siempre a su lado está escrita la palabra «Obediencia». Para nuestros pueblos, el libro era el emisario del sometimiento.

Pero no solo marcó esta dimensión histórica. El cronista mestizo Garcilaso de la Vega, a diferencia de quienes describieron a un Atahualpa altivo, cuenta que cuando en presencia del libro le pidieron que se sometiese, el inca «Se entristeció (porque le pedían...) cosas tan ásperas, y dio un gemido: «¡Atac!», que quiere decir,

«¡Ay, dolor!», y con esto dio a entender la gran pena que había sentido».

De los casi 177 atacantes cristianos que arribaron a Cajamarca, solo 51 sabían leer y escribir, y, de estos, la mayoría solo garabateaba su nombre. Otro cronista español, Miguel de Estete, anotó sobre Atahualpa en sus escritos: «Era muy sabio y discreto, y aunque sin luz ni escritura, amigo de saber y de sutil entendimiento». Probablemente sin proponérselo, al describir así a Atahualpa, ubicaba en la oscuridad a todos aquellos que no sabían leer ni escribir; es decir, a la mayoría de sus propios paisanos.

Dos preceptos sedimentarios se establecieron aquí a partir de todos estos acontecimientos: tierra y gente de nadie y escritura y libro de alguien. Como se sabe, el Papa Alejandro VI, un 4 de mayo de 1493, entregó a los reyes el continente descubierto: «a perpetuidad donamos, concedemos y asignamos, a usted y a sus herederos; y de ellas señores con plena, libre y omnímoda potestad, autoridad y jurisdicción».

La propiedad y el vasallaje quedaron refrendados por esta cultura grafocéntrica descalificadora de todas las otras formas de concebir y comunicar el mundo. Los libros no podían hablar, pero obligaban a callar por la certificación que les otorgaban la gramática y la ley, al servicio del orden impuesto.

Nuestro entrañable amigo Eduardo Galeano resumió lo ocurrido de esta forma:

Hace cinco siglos, la gente y la tierra de las Américas se incorporaron al mercado mundial en carácter de cosas... la conquista, empresa ciega y engeguedora como toda invasión imperial, solo podía reconocer a los indígenas, y a la naturaleza, como objetos de explotación o como obstáculos. La diversidad cultural fue descalificada como ignorancia y penada como herejía, en nombre del dios único, la lengua única y la verdad única, mientras la naturaleza, bestia feroz, era domada y obligada a convertirse en dinero. La comunión de los indígenas con la tierra constituía la certeza esencial de todas las culturas americanas, y este pecado de idolatría mereció castigo de azote, horca o fuego.

Para facilitar este latifundio en el que el libro adquirió un papel predominante, en 1503 la Corona española emitió un edicto ordenando que, cumplidos los 10 años, los hijos de los «indígenas nobles» fueran separados de sus familias y llevados a lo que después se llamaría Colegios de curacas para aprender lectura, escritura y religión y que, después de haber cumplido todo su proceso de formación, volvieran a sus comunidades para reproducir aquello en que les habían adiestrado.

El nuevo idioma y su escritura no fueron cultivados: se les trasplantó de manera implacable con el propósito de enyugar las almas y someter los territorios y sus identidades. Por eso, como solemos decir, al libro teníamos que exorcizarle la prepotencia con la que arribó a nuestra historia; hubo que recomponerle el ADN y ahijarlo a esta comunidad para que dejara de ajenizar y de ser ajeno. La lectura podía ser un fecundo plantío que enriqueciera nuestras búsquedas; las bibliotecas podían almacenar los conjuros de penitencias que nunca nos merecimos.

Escritura o el coagular de las voces

No es que nuestros pueblos no han «avanzado» porque éramos analfabetos. Aun sabiendo leer y escribir, nuestro «delito» sigue siendo el ser «indios»: un racismo ultrajante no ha cesado de flagelarnos, una despótica estructura hegemónica sigue ejerciendo el escarnio en los últimos cinco siglos. Y con facultad científica.

Un botón puede bastarnos de muestra: Charles Darwin, autor de *El origen del hombre* y otros clásicos, escribió, al conocer a los nativos haush en el siglo XIX:

es imposible imaginar la diferencia que existe entre el hombre salvaje y el hombre civilizado; es mucho mayor que la que hay entre un animal silvestre y otro domesticado. (...) Estos fueguinos pertenecen a una raza muy distinta de la estúpida, miserable y ruin que se encuentra más hacia el oeste...

Y al conocer a los yaganes, anotó en su diario: «nunca había yo visto criaturas más abyectas y miserables (...) Cuando se los ve, cuesta trabajo creer que son seres humanos, habitantes del mismo mundo que nosotros».

Diversas investigaciones han desmentido las afirmaciones agudamente prejuiciadas de Darwin, e incluso parece ser que —aun sabiendo que eran falsedades—, decidió usarlas para beneficiar sus argumentaciones evolutivas y diferenciar a los primitivos de los ilustrados.

Pero si cito esto es por el nivel de mando con que estas afirmaciones calaron en la mentalidad de la academia y del llamado mundo civilizado, marcando el abismo entre letrados e iletrados. Darwin también escribió: «en los salvajes, la más inmoderada intemperancia no es un motivo de vergüenza. Su desmesurada licencia y crímenes contra lo natural son realmente espantosos».

Era 1871 cuando escribió esto. Las guerras napoleónicas se dieron entre 1789 y 1815. Para Darwin, como para todos los doctos de la época (y seguramente hasta

ahora), no era salvaje ni vergonzoso que en esos 26 años de guerra perdieran la vida casi siete millones de europeos. Del total de víctimas, más de tres millones fueron civiles. Aquellas guerras incluían sangrientas matanzas y prácticas genocidas, violaciones, robo, rapiña, torturas y esclavitud sexual. Las mujeres, sobre todo, eran parte implícita en el botín de guerra.

Unos años después, en 1900 —y puedo asegurar que no tengo el ánimo de cargar las tintas—, en la llamada Alianza de las Ocho Naciones que se formó para derrotar el levantamiento Yihétuán (iniciado en China frente a las invasiones extranjeras), las fuerzas occidentales perpetraron masacres con especial ensañamiento. El periodista George Lynch, testigo de esas atrocidades, dijo: «Hay cosas que no debo escribir y que no pueden ser impresas en Inglaterra, lo que parece mostrar que esta civilización occidental nuestra no es más que un barniz sobre la barbarie».

No han sido las culturas ágrafas las que han estado detrás de las concepciones progresivamente depredadoras de la historia humana. Y es fundamental recordar que la escritura es hija de la lectura originaria en el fabuloso libro de la naturaleza. La escritura es heredera de las imágenes y huellas que la naturaleza nos fue mostrando, desde el caparazón de la tortuga hasta las formas de las

nubes, pasando por las huellas de los pájaros en la arena y los rasguños de las fieras en los bosques.

La escritura nació como la marca del territorio, la contraseña en el horizonte que nos cobija. La escritura invoca y evoca la huella. Y nos identifica con quienes comparten el mismo espacio, la misma primogenitura. ¿Cómo no asumir, entonces, que quienes están vinculados a la tierra tienen innatas posibilidades de concordar con la escritura sin que eso signifique la supresión de las diversas expresiones?

Los alfabetos, incluso, nacieron bajo el auspicio y el impulso del propio entorno, de las pictografías que intentaron reflejarlo. *Aleph* es la antigua palabra semítica para «buey», por eso la letra A tiene la forma de la cabeza de un buey, aunque ahora con los cuernos hacia abajo. *Beth* significa casa y por eso, horizontal, tenía forma de carpa. La antigua palabra para «agua» era *mem*, de donde viene la letra *m*, que tiene forma de olas. La *o* tiene forma de ojo porque ese es su origen gráfico y la antigua letra *qoph* significa «mono», que es de donde viene la Q, un círculo con su cola.

Es cierto que el signo, a la vez que condensó el paisaje, fue disociándose de sus sentidos en la medida que adoptó una representación sonora. Si bien la escritura ganó en volumen pensante, perdió en sentido vincu-

lante. Su vibrante origen dinámico derivó en fenómeno estático.

En los últimos dos milenios, probablemente, esta síntesis implicó una paulatina reducción de las imágenes y una obligada rigidez de los vocablos. El texto se independiza del mundo y la imagen deriva en una acústica definitoria. Así, el ánimo del cosmos se fue enfrascando en el planisferio de los diccionarios.

Tal vez así se comprende por qué cuando Fedro conduce a Sócrates —iletrado, por cierto— a las orillas del río Iliso, el filósofo se muestra tan patidifuso en medio de la naturaleza que Fedro le dice: «Sócrates, podría decirse que eres un extranjero, o seguro que no has salido jamás de Atenas, que nunca has dado un paseo fuera de sus murallas». Sócrates, en lugar de deplorar su enclausramiento ultracitadino, dice en su defensa: «Así es, amigo mío, pero es porque quiero instruirme. Los campos y los árboles no me enseñan nada, y solo dentro de la ciudad puedo sacar partido del roce con los demás hombres».

Como si eso fuera poco, la apropiación del lenguaje codificado por parte de los poderes instaurados, hizo de la letra un instrumento al servicio de las supremacías, tornándola hostil incluso con sus propias raíces. Tal vez así puede también entenderse por qué la escuela enseña discriminando.

Al subordinarse a un régimen estandarizado, la educación no solo invisibiliza otras formas de atestiguar la vida, sino que desde niños nos desguañangan el encanto del mundo, nos colonizan las emociones y el misterio se vuelve un proscrito del poderío analítico.

Parafraseando al maestro peruano Grimaldo Rengifo, lo que termina produciéndose son generaciones desafectas con la tierra y su cultura. Prueba de esta compulsión es que en las evaluaciones de rendimiento educativo se impone la razón en desmedro de la ternura, de modo que se evalúa «razonamiento verbal» pero no «sentimiento decible»; se elogia a los contadores de números, pero no a los contadores de cuentos; se premia el rendimiento en una lengua ajena, pero se desprecia la vigencia de la lengua propia.

Como hemos dicho en más de una ocasión, cuando escribimos ejercemos una potencia que no es neutral. No solo racionalizamos el mundo, sino que echamos mano de una tecnología cuya química puede convertirnos en sus ministros. Por eso y más, hay también una reciedumbre portentosa en la tradición oral; su sola sobrevivencia es una prueba de esa energía que la fecunda.

Cuando era niño —hace solo «algunos» años—, mi abuela Armantina Zorrilla me recibía en su casa recitando los versos que ella componía:

Yo fui feliz cuando niña
en mi tierra de ventura
cuando todo era risueño
cuando todo era inocencia
cuando era mi conciencia
un pedazo azul del cielo.

A veces eran largos poemas que revivían memorias
insepultas.

— ¿Cómo haces para escribir esos poemas, abuela?— le
preguntaba, fascinado.

— Tengo un martillo, pequeñito nomás— me decía—,
aquí en mi cabeza. Primero recojo los materiales; los
voy labrando, los voy puliendo, los voy acomodando. Y
después los junto, los clavo bien para que no se despe-
guen, para que no se caigan.

Mi abuela fue huérfana. Era campesina. Y nunca fue
a la escuela, era analfabeta.

Leer: percepciones y descripciones

La palabra *pareidolia* (que deriva de «figura») está definida como un fenómeno psicológico en el que una imagen es percibida erróneamente como una forma reconocible. Dicen los diccionarios que esta experiencia es solo perceptiva y no necesariamente patológica. Ejemplo común de la pareidolia es ver animales, personas o rostros en la forma de las nubes, o en las formas de las piedras o los cerros.

Está definido y es común, como vemos, humanizar a la naturaleza, pero no parece normal naturalizar a los humanos. Qué patéticos niveles de arrogancia antropocéntrica puede alcanzar el ser humano para poder decir que un cerro tiene cara de gente, pero no decir «tenemos cara de cerro». Y, cuando una persona adopta las características de la naturaleza, se dice que «se halla en estado bruto» o «ha vuelto a su estado salvaje» o «se encuentra en estado primitivo».

Y en lo cotidiano, sí puede sonar poético decir «Tu piel semeja el pétalo de una rosa», pero vayan pensando en el divorcio si se les ocurre decirle a su pareja «Tienes cara de montaña». Aunque escritores como Ciro Alegría dejaron bellezas como aquella que dice: «Podría afirmarse que el Adán americano fue plasmado según su

geografía; que las fuerzas de la tierra, de tan enérgicas, eclosionaron en un hombre con rasgos de montañas».

¿Qué ha conservado y conserva la memoria de los siglos: la escritura o la lectura? ¿La memoria transmitida por generaciones o la práctica de esa memoria enriquecida en los cuerpos y la obras? ¿La adecuación a los entornos o los entornos adecuados? ¿La arquitectura mental o el vestigio de la edificación? ¿La unidad de todo lo vivido o el territorio de todos los saberes? ¿Los genes del hombre o la naturaleza que cría y potencia esos genes?

El poeta ugandés Okot p'Bitek escribió un largo poema titulado «La casa de mi esposo es un oscuro bosque de libros» sobre las aficciones de una mujer rural africana cuyo marido se ha occidentalizado. Algunos de sus versos dicen:

Escuchen, miembros de mi clan,
lloro por mi esposo
que perdió la cabeza.
Ocol perdió la cabeza
en un oscuro bosque de libros.

Cuando mi esposo
aún me enamoraba
tenía los ojos vivos,
tenía los oídos destupidos,
aún era un hombre libre,
su corazón seguía siendo su jefe.

Mi esposo ha leído mucho,
ha leído extensa y profundamente,
ha leído entre los blancos
y es listo como los blancos
y la lectura ha matado a mi hombre:
en las costumbres de su pueblo
se ha vuelto un muñón.

La historia de la lectura y la escritura es también una historia del poder, pero, a la vez, una historia de la libertad. Porque leer, lo que se dice leer, es un acto salvaje, porque es un trance entrañable. Leer es emoción y conmoción. Leer es ascético, cinético, estético, ético, mimético, herético, magnético y energético, para más señas (también se le puede agregar lo dietético, si uno quisiera).

Ocurre que saber leer y escribir no nos convierte en lectores y escritores. En este sentido, la escuela alfabetiza, pero no culturiza. Enseña la mecánica de las letras, pero no la dinámica de la lectura. Se forman cifradores de textos, pero no lectores de mundos o comprendedores de entornos. Es decir, aprendemos a leer, pero no a ser lectores. Y salimos de la escuela como escribientes, pero no como escritores.

El cifrador se limita a ponerle sonido a las letras y a certificar el significado oficial de lo que lee, obedece

a un canon y solidifica al significante. El lector es intérprete, desentrañador y recreador de significados a la luz de su existencia. El cifrador se queda con lo que le describen; el lector se apasiona con lo que descubre, se indigna con lo que desenmascara y se asombra con lo que revela. No se aturde con la etiqueta publicitaria y está en condiciones de etiquetar al que le quiera vender gato por liebre.

Que una cosa es aprender el mecanismo del abecedario y, otra, la inspiración de su armadura. Un lector, lo que se llama lector, es per se, más que antihegemónico: es no hegemónico. Es decir, escapa y no legitima la cárcel imperial. Leer es la lima que asierra los barrotes de las trampas oscurantistas y las celdas colonizadoras.

Leer es indocilidad, porque se lee lo aparente y lo subyacente, al derecho y al revés; es decir, subvierte. El lector, para serlo, requiere de dos componentes innegociables: el entusiasmo lector, que no es otra cosa que la pasión por leer; y el asombro, la capacidad de abrirse y dejarse iluminar por los mundos que se descubren. Si además podemos elegir aquello con lo que nos iluminamos, seremos capaces de proyectar luces y avizorar caminos. De modo que leer es útil, en verdad, para seguir andando, para seguir buscando y para seguir creciendo.

Oralidades, territorios y búsquedas

A mediados del siglo XIII, el rey Federico II, conocido como «Stupor Mundi», emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, llevó a cabo un ensayo que pasó a ser conocido como «experimento de privación del lenguaje». Este señor estaba convencido de que existía una «lengua natural» y, para probarlo, ordenó aislar a treinta niños recién nacidos, los cuales fueron alimentados y cuidados por un grupo de criadas bajo la orden de no hablarles ni mostrarles gesto alguno.

Sin influencia ninguna, el rey pensaba que espontáneamente iría aflorando el lenguaje adánico, es decir, los niños empezarían a hablar en hebreo sin que nadie se los hubiera enseñado... todos los niños murieron: ninguno alcanzó siquiera los tres años.

Este experimento fue repetido por el rey James IV, de Escocia, en 1493, con los mismos resultados. Porque el lenguaje también es afecto: la privación de las emociones —ligadas al aprendizaje del habla— impide el desarrollo de la tonicidad e inunda la vida de ansiedad y miedo. Es también lo que los entendidos llaman «depresión anaclítica», que no es otra cosa que la tristeza más honda por la falta de amor solidario.

Con razón el poeta libanés Kahlil Gibrán decía: «Aléjate de la sabiduría que no llora, la filosofía que no

ría y la grandeza que no se inclina ante los niños»; y también afirmaba: «Todo cuanto está en la existencia se encuentra en tu esencia, y todo lo que está en tu esencia se encuentra en la existencia».

De modo que no solo es el afecto humano el que nos forma, sino también el cariño del entorno. Quizá por eso en la propia lengua española, la palabra «humano» procede del latín arcaico *Humus*, que significa «tierra»; y en la antigua raíz indoeuropea la palabra para «ser humano» es *Adamah*, de donde viene el nombre de Adán.

En la lengua quechua, el útero de las hembras se llama *pacha*, que también significa tierra. Cuando una mujer está encinta le decimos *pachayuq*, la que tiene el mundo adentro. Por eso las llamadas momias que se encuentran en los antiguos entierros de los Andes han sido colocadas en posición fetal, porque estaban volviendo al lugar del que vinieron. Y en lengua aimara, para decir «Yo mismo», se dice *Nay pacha*, que significa «Soy tierra».

De manera que territorio no solo es arraigo, sino sobre todo la necesidad de criar y ser criado. Cada lugar es un cosmos espacial/afectivo. Cada lugar es un tejido de tejidos. El territorio resulta siendo una urdimbre de afectos, el cariño acendrado en los entornos y con los entornados. Y se acrecienta sin límites porque está ligado a la emancipación de los vasallajes en la medida que

las filiaciones no cooptan sino confluyen, como cadenas interminables de genes comunitarios.

El propietario comienza cuando una hebra se desprende del tejido y entonces se trastoca en dominio, posesión, feudo, colonia. Aunque territorio es un concepto sumamente polisémico, es importante resaltar el derecho de acogida y aclimatamiento, el principio de la querencia y la íntima relación de pertenencia mutua, simbiótica e interpenetrada de las comunidades con su ambiente.

Este frágil enhebramiento de heterogeneidades, empatías y relaciones —como lo he señalado en algún momento—, dista sustancialmente de conceptos acaparadores y mezquinos. La percepción que las comunidades campesinas o indígenas tienen del territorio, por ejemplo, se distingue radicalmente del codicioso extractivismo que pueden tener o tienen algunas empresas. Para el usurero, los recursos deben sacarse y lucrarse. Para los «adheridos», el «nosotros» ni siquiera concibe la noción de recurso.

Así, podemos dilucidar interminablemente con los mismos significantes, pero distanciados primordialmente por distintos significados: en la medida que no tenemos las mismas matrices ni los mismos intereses, no hablamos los mismos lenguajes, aunque el idioma sea el mismo.

Dadas dos formas diferentes de vivir —como las del campo y la ciudad, por ejemplo—, no tendría que haber razón alguna para confrontaciones ni desacuerdos. Pero no hay motivo para que en la ciudad nos arroguemos la facultad de extender nuestra visión de la realidad y las consecuentes alternativas para la vida del campo... del mismo modo que en la ciudad no se aceptaría que, desde el campo, se obliguen las medidas a tomar en las ciudades.

¿Existe el riesgo de pretender «integrar el campo a la dinámica urbana»? Por lo general —sea por un toque de infatuada suficiencia metropolitana (y consecuente subestima del campo) o por altruismo civilizador—, lo recurrente es transferir (lo que en el imaginario de la urbe se considera cómodo o progresista) a cualquier espacio sobre el que se sienta autorizado (desde sillas hasta avenidas asfaltadas, pasando por agua potable y cajeros automáticos, etcétera).

Lo que pasa es que no solo es en términos físicos que se da el crecimiento urbano: se da, sobre todo, con la superestructura de lo urbano. Esto, en sí mismo, implica una posición respecto al territorio. Y la consecuente desterritorialización de los espacios adyacentes, como por ejemplo, el campo. En la mayoría de los Planes de Lectura de América Latina, para citar un caso, la palabra

«territorio» es usada, básicamente, en términos de superficie regional o delimitación jurídico-administrativa.

El respeto del espacio natural, desde el punto de vista «físico», debe ser indicotomizable respecto a los espacios culturales. Así, un bosque también es un cuento, y viceversa. Un río es un rito. Una calle, el espacio para enamorar. Una danza es la plaza donde se danza, la fecha en la que se danza y la visión por la que se danza.

«Defender» lo rural significa, fundamentalmente, equiparar (o restituir) el valor que tiene en cuanto tal, y no necesariamente respecto a lo urbano. De modo que «intangibilizar» los territorios —objetiva y subjetivamente— resulta categórico. Los territorios de los saberes son, a la vez, los saberes de los territorios. O, para decirlo de otro modo, el territorio de lo que conozco (y cómo lo conozco) es a la vez el conocimiento de ese territorio. La región de mi conocimiento es el conocimiento de mi región.

Siendo así, el esencial material didáctico puede ser el hábitat y el contexto; la verdadera currícula puede responder a las necesidades y capacidades creadoras de los niños; y el más franco y básico diccionario estaría en las páginas vivas de las comunidades. De modo que, para saber qué hacer en relación con la alfabetización, sería mejor preguntarle al propio analfabeto, más que al superexperto en alfabetización.

Yendo

La biblioteca es un lugar donde se encuentran y entrecruzan una pluralidad de universos, omniversos, lectores y territorios. Pero ocurre que la sabiduría comunitaria y las tradiciones orales no son únicamente una expresión de la cultura y su continuidad inmanente, sino la cultura misma, su propio genio y atavío. Toda la magia y la sapiencia de la narración no están adelante ni atrás del corpus que la constituye, sino que son su propia constitución.

El rescate, la publicación y la difusión —con la consecuente lectura y reescritura— de estos conocimientos pueden afianzar la relación del lector con el propio territorio. El punto no es acercar el libro a las poblaciones, sino avivar la pasión por incorporarlo a sus atmósferas y aspiraciones.

Mucho tiempo lleva torcida la verdad de nuestra semblanza. Y de repente andamos sufriendo las pesadillas de quienes ya no tienen sueños. No tenemos que aspirar a prosperidades sombrías cuando la fortuna de este continente está en su suelo y su pueblo. No tenemos que aspirar a decadencias anquilosadas si hemos heredado la fortuna de nuestro propio camino, con nuestra auténtica alegría, en nuestro legítimo terreno.

Desde nuestra modesta experiencia en la Red de Bibliotecas Rurales y el Proyecto Enciclopedia Campesina de Cajamarca, sé que todo lo que he dicho no contará con la anuencia de las ortodoxias calificadas, aquellas que reglamentan lo que debería pensarse, decirse y hacerse. Me quedaría de alivio, una vez más, recordar aquel grafiti que dice: «No soy un completo inútil... por lo menos sirvo de mal ejemplo».

El presente libro recoge siete textos de Alfredo Mires vinculados a la experiencia de la Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca. En todos ellos, el autor pone el énfasis en el potencial de los libros y de la lectura para reforzar procesos de recuperación y fortalecimiento de la identidad comunitaria.

A través de una elocuente analogía entre la lectura y la siembra, el autor define a los libros como semillas que forjan un mundo mejor, y a la lectura, como aquella actividad que fortalece la identidad de los pueblos y los ayuda a liberarse del yugo y la tutela.

Fundada hace cincuenta años, la Red de Bibliotecas rurales de Cajamarca ha desarrollado exitosas experiencias de promoción de la lectura que tienen como protagonista a la propia comunidad. Estamos convencidos de que las experiencias recogidas en este volumen servirán para orientar e inspirar otras prácticas y modelos de promoción de la lectura, especialmente, en los diversos entornos rurales y comunitarios de nuestra geografía.

ISBN: 978-612-4045-56-1



9 786124 045561